



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Fabricacion del aguardiente en Porto-Novo. (Pág. 191).

LA *Obra de la propagación de la fe* acaba de publicar una estadística de las limosnas que recibió durante el año último. Estas limosnas se elevan á la suma de 6.906,058 francos, excediendo en 886,013 francos á lo recaudado en 1880.

Este resultado es consolador. Pero ¿á qué ocultarlo? La cifra por que figura España en esta estadística de ingresos de la obra más digna de los sacrificios de los católicos, ha entristecido profundamente nuestro corazón.

Así, mientras ha habido en Francia ocho diócesis que han dado más de 100,000 pesetas cada una, en tanto que las demás figuran por cantidades respetables; mientras Bélgica, cuya población católica apenas representa la quinta parte de la población de España, ha dado 341,309 pesetas, España sólo figura por 20,528.

Las siguientes cifras deben de ser un estímulo poderoso para que los católicos españoles hagan por la *Obra de la propagación de la fe* lo que hacen por ella todos los católicos del mundo:

Francia dió en 1881 para dicha Obra.	4.565,541 pesetas.
Alsacia-Lorena.	248,640 »
Alemania (cuya población católica es igual ó inferior á la de España).	528,000 »
Bélgica.	341,309 »
Inglaterra.	213,985 »
Italia.	421,192 »
Naciones orientales de Europa.	30,434 »
Holanda.	127,303 »
Portugal.	69,954 »
Suiza.	79,952 »
Rusia.	1,854 »
Dinamarca, Suecia y Noruega.	1,285 »

España.	20,528 »
Asia.	12,013 »
Africa.	30,752 »
América del Norte.	143,714 »
América del Sur.	50,768 »
Oceania.	13,516 »

Nos permitiremos recordar aquí que Leon XIII ha pedido últimamente á los católicos que contribuyan con sus auxilios á la *Obra de la propagación de la fe*, y que los católicos del mundo entero han contestado al Padre Santo dando para esta Obra nuevas y cuantiosas limosnas.

Esperamos que este año se colocará España en la estadística de estas limosnas en el puesto que su piedad, su historia y tradiciones le señalan.

NORUEGA.

TERRIBLE HURACAN EN HAMMERFEST.

Carta del Rdo. P. Duchene.

LEl día 4 de Enero salí de Altengaard, estación de mi residencia, para felicitar el año nuevo al Ilmo. Hagemann, nuestro superior en el Finmark, que vive en Hammerfest, pequeña ciudad de 2,500 habitantes, situada junto al cabo Norte, á donde llegué el 5 en el vaporcito *Nor*, que recorre los fiords ó golfos de estos parajes, y está en combinacion con los grandes vapores de Noruega. Estos parten cada semana de Hamburgo y aportan en invierno en Hammerfest, y durante la primavera en Vardeu, Vadseu, doblando el cabo Norte.

15 Mayo 1882.

Todos los años, durante la estacion rigorosa, por espacio de muchas semanas sopla un viento cálido y tempestuoso en este litoral. Pretenden algunos ser ocasionado por el Gulf-Stream, corriente submarina que viene de Méjico. Estos últimos dias era tal su furor, que las montañas parecian vacilar sobre su base.

Mientras que en Altengaard teníamos 20 grados Réaumur debajo cero, el 1.º de Enero en Hammerfest el termómetro sólo descendia á 7; algunos dias despues volvió á subir, y el 14 marcaba estos mismos 7 grados, pero sobre cero.

Bien pronto una lluvia muy abundante fundió las nieves de nuestra Laponia, y cualquiera hubiera creído alcanzar ya los primeros dias de la primavera; ¡ilusion! Esto no era más que un preludio de la tempestad que nos amenazaba.

En la noche del domingo, 15 de Enero, cuando la ciudad estaba sumergida en densas tinieblas, un huracan se desencadena repentinamente por mar y tierra. Nuestra casa rectoral, construida de madera como todas las de Hammerfest, se estremecia, abríase brecha en una ventana, las aguas penetraban en nuestros aposentos, y un crujido siniestro se dejaba oír á nuestro alrededor. *Domine, salva nos, perimus!* Hé aquí el grito que se escapaba de los corazones.

Durante diez y seis horas la tormenta se mantuvo en el parasismo de su furor; para la ciudad fueron diez y seis horas de mortal angustia. Situada al fondo de un golfo, junto á la costa, esta poblacion se hallaba algo garantida por las construcciones destinadas á guardar las mercancías contra la violencia de la tempestad; pero estas construcciones no tardaron en rodar por el suelo, y sus destrozos lanzados á lo léjos se acumulaban en las calles ó flotaban sobre las olas espumosas. Cantidades considerables de harina, pescado, forrajes y otras provisiones fueron tragadas por las olas, y entonces las casas, hallándose más expuestas, sufrieron estragos considerables. Los habitantes se salvaron providencialmente refugiándose á toda prisa en ciertos sitios de seguridad.

En fin este huracan, el más terrible que se haya visto en estos parajes, calmó un poco, si bien no dejó de molestarnos durante los tres dias siguientes. Las pérdidas sufridas en esa noche espantosa por esta ciudad, la más septentrional del universo, evalúanse en unas 700,000 coronas de Noruega, ó sea un millon de pesetas, cifra enorme para una poblacion pequeña que apenas podía ya bastarse.

Hasta el jueves 19 no pudo el vapor *Nor* restituirme á Altengaard. Si el gran buque *Hong Alfdan*, con el cual está en combinacion, hubiese llegado el sábado anterior, segun su ruta, yo hubiera partido entonces é irremisiblemente habria ido á parar en el abismo; pero el *Hong* habia naufragado cerca de Skjœveu á 50 kilómetros al Norte de Tromseu. ¡Es el quinto vapor de Noruega perdido en menos de seis meses! Sin embargo, gracias á los numerosos medios de salvamento inventados por la ciencia, es de suponer que no fueron muchas las víctimas; ¡bien que éstas no han faltado en el mar junto al litoral noruego!... Las líneas telegráficas han sido rotas, y aún tardaremos algunos dias hasta conocer todos los desastres, como los hemos visto ya con nuestros propios ojos

durante el viaje en Qualsund, Lœrfiord, Comafiord, Boscop y Altengaard, donde aporté el 20 de Enero.

Casas medio arruinadas, restos de buques junto á la costa, claros causados en los pinares, tal era el espectáculo que se ofrecia á nuestra vista, y no creo exagerar evaluando en otro millon las pérdidas habidas en el distrito de Altengaard.

INDOSTAN.

Carta del P. Aroul-Marie, misionero indígena de Pondichery.

Vicravandhy, 2 de Diciembre de 1881.



oy á dar cuenta de la fundacion del distrito de Vicravandhy, de sus triunfos y reveses.

Fuí encargado del de Nangatur en 1865, y entonces tuve ocasion de bautizar gran número de paganos, aunque sólo en la capital del distrito.

En 1874 pueblos enteros, distantes de diez á quince millas de mi residencia, manifestaron deseos de convertirse al Cristianismo. En consecuencia trasladéme á cada una de esas localidades, instruí á sus habitantes y los bauticé. A esta noticia el Ilmo. Laouenan envió el P. Ligeon, provicario apostólico, para visitar á mis neófitos y catecúmenos, animarlos y fortalecerlos.

Cierto dia (nos encontrábamos á la sazón en Nella-lam) vino á nuestro encuentro una diputacion de cincuenta individuos. Eran paganos de Vicravandhy, que traian la mision de invitarnos á que fuésemos á instruirles. Inmediatamente mandé un catequista para que les enseñase las oraciones.

Un mes más tarde me ordenó Su Ilustrísima que confiasen mis neófitos y catecúmenos de Nellalam al P. Fourcade, misionero apostólico, y me estableciese en Vicravandhy.

En su virtud emprendo el viaje á la primera ocasion propicia, y los parias del lugar me dispensan simpática acogida, rezan en mi presencia las oraciones y me suplican les bautice sin tardanza. Muy justos son sus deseos; pero ¿dónde voy á establecerme, no teniendo en el pueblo un solo palmo de terreno? Suplico á los ricos paganos me vendan algunos de sus solares, pero no quieren consentir en ello: les pido que por lo menos durante algun tiempo y mediante cierta cantidad de rupias me permitan instalarme en algun rincon de sus inmensos eriales, pero no quieren oír hablar de ello. ¡Ay! los protestantes me han precedido en este lugar, y los procesos, querellas é intrigas que suscitaron, han indispuerto para siempre á esos infelices contra todo lo que lleva el nombre de cristiano.

Quedábame una postrera esperanza. A un cuarto de milla al Norte del pueblo y junto á la carretera, frente de la estacion del ferrocarril, entonces en construccion, habia un vasto terreno (10 acres) que los habitantes ricos del país aprovechaban de un modo muy singular. Lo cultivaban á su tiempo, y terminada la cosecha renunciaban oficialmente á su propiedad. Vuelto otra vez el tiempo de la siembra, adquirian de nuevo el terreno, y despues de la recoleccion repetian la renuncia oficial: con esta estratagema lograban sustraerse al pago de los impuestos anuales. Semejante proceder les daba muy buenos resultados en Vicravandhy, porque los vecinos no se atrevian por nada del mundo á pedir dichos terrenos

para su propio uso: los ricos de la comarca se lo harían pagar muy caro. Por mi parte, no abrigando los mismos temores, aprovecho el momento de la renuncia oficial para presentar mi petición de compra. Los Bettys, noticiosos de mi demanda, ponen en juego su influencia cerca de los empleados del Gobierno para reconquistar *su propiedad* y sobre todo arrojar la Religión y á sus sacerdotes.

—Si la religión se establece aquí, decían, los párias se volverán insolentes, no continuarán en sus trabajos, y cuando les maltratemos el sacerdote tomará su defensa. Es preciso, pues, impedir á toda costa que los misioneros se establezcan aquí.

El Gobierno inglés acuerda tardíamente las demandas que se le hacen. Urgía entre tanto bautizar á los catecúmenos que estaban bien dispuestos y recibir á los que se presentaban. Al efecto, y para dar tiempo á que llegase la respuesta á mi petición, alojéme en casa de un antiguo cristiano pária de Melacondéy, pueblo á dos millas al Oeste de Vicravandhy. No obstante mi deseo de observar, para conciliarme el aprecio de los paganos, los usos y costumbres del país, que prohíben á los hombres de casta establecerse en una población pária, las circunstancias me obligaban á obrar de esta suerte. Por lo demás, ninguna dificultad se ofrecía por parte de los neófitos, pues todos eran párias.

Dos meses enteros permanecí en aquella casa, ocupado en instruir á los catecúmenos, bautizarlos y recibir á los paganos que se presentaban.

Empero el cristiano que me cediera su casa para el catecumenado no podía hacerlo por más tiempo, pues sus rebaños, cuyo establo tomara para mi uso, padecían mucho por esta causa.

Parto, pues, y me establezco en Vicravandhy mismo, en el *bungalow* ó posada de los viajeros, en donde tuve el honor de recibir solemnemente al Ilmo. Laouenan, quien confirmó á mis recién bautizados.

Mi permanencia en el *bungalow*, con numerosa multitud de catecúmenos, necesariamente debía indisponer á los viajeros ingleses que á él llegaban. No tuve otro remedio, por lo mismo, que buscar de nuevo otro lugar menos incómodo. Diríjeme, pues, á un *savady* (1), á orillas del estanque de la aldea. Sus paredes son de piedra labrada, y otras piedras lisas de una sola pieza, que descansan sobre los muros, forman el techo: el lado que da frente á la plaza está abierto y sostenido por cuatro columnas de granito. Todo aparece artísticamente trabajado, pero amenaza próxima ruina. Algunos árboles muy frondosos le prestan agradable sombra. Aquí es donde centenares de catecúmenos aprenden por turno las oraciones y preparan sus alimentos.

Los paganos que iban á hacer sus devociones y se detenían en este lugar, admiraban la nueva religión y atendían sus instrucciones, tan diferentes de las suyas.

Según costumbre entre los indios, los párias no pueden beber en los estanques sino de incógnito. Todos mis catecúmenos pertenecían á esta raza, pero como eran en gran número no se mostraron escrupulosos acerca este punto, lo que fué visto con malos ojos por los ricos

del país. Así fué que al cabo de cuatro semanas, temiendo que mi permanencia allí se prolongase indefinidamente, recurrieron al siguiente medio para que me marchase. Vino el jefe del pueblo, y me dijo:

—Mañana celebraremos aquí nuestra fiesta anual. De consiguiente es preciso que os vayáis á otra parte.

Véome, pues, obligado de nuevo á buscar una yacija. Trasládome á otro *savady* muy aislado, donde permanezco dos meses y bautizo centenares de paganos.

Decir todo lo que mis catecúmenos y yo hemos padecido en estos diferentes sitios, á causa de la intemperie de las estaciones, excedería los límites de una carta. La lluvia y los huracanes me obligaban á compartir con toda mi gente mi por demás angosto albergue. ¡Cuántas noches las pasamos en pié, por no haber suficiente espacio para sentarnos!

Acercábase el primer mes del año 1875. Enero es aquí el tiempo de la cosecha. Despedí á toda mi gente, y suspendí el catecumenado hasta la conclusion de los trabajos agrícolas. Entonces encontréme solo en un desierto con mi doméstico, y me dediqué á la administración de Vijpuram, correspondiente también á mi distrito. En los intervalos pedía hospitalidad ora al P. Arokianader, sacerdote indígena, que ocupaba mi lugar en Nangatur, ora al P. Fourcade, misionero apostólico en Alladhy.

Entre tanto no había olvidado remitir varias peticiones al colector para activar la resolución del asunto del terreno. Repetidas veces este magistrado me escribió para que me dirigiese á su oficina en Tindivanam ó en Vijpuram. Acudí sin falta; pero siempre se contentaba con darme buenas palabras y me despedía sin contestación definitiva. Por último, tras siete ú ocho meses de idas y venidas, el Gobierno inglés accedió á mi demanda.

Regresé entonces con el mayor gozo á Vicravandhy para edificar allí una casa y una capilla, albergándome entre tanto bajo los tamarindos que bordan el camino.

Finalmente, gracias al Señor y merced al concurso del Ilmo. Laouenan, quien ha querido ahorrarme mis fatigosas caminatas, he podido levantar una capilla con cubierta de bálagó, capaz para ochocientas personas. La sacristía me sirve de casa parroquial.

Contaba transcurrir aquí felices días, aguardando la construcción de una grande iglesia y de una habitación convenientes, cuando en la noche del 15 de Noviembre prendió fuego, no sé cómo, en la capilla. Desperté sofocado por el humo; acuden los neófitos mis vecinos, y mando un mensajero á la población pidiendo auxilio. Acuden muchos á prestarlo, y salvámos cuantos objetos fué posible. Pero el incendio había ya consumido la imagen del sagrado Corazón que dominaba el altar y todos mis ornamentos para la misa. Durante muchos días no pude celebrar el santo Sacrificio, hasta que Su Ilustrísima, al tener conocimiento de lo que me había acontecido, me remitió lo necesario. Entonces construí una choza que me sirve de capilla y de morada.

El porvenir me inquieta vivamente. El primer motivo de mi preocupación consiste en que es de todo punto indispensable reedificar mi capilla, y el segundo en que también el presente año será mucha la miseria de mis neófitos. Estamos en Diciembre. Las cosechas debieran estar en sazón, pues aquí se hace la recolección el mes de Enero; pero este año las lluvias han sido insuficien-

(1) El *savady* y los sitios de sombra que lo rodean son para todos los viajeros en general; pero sus propietarios se creen muy honrados cuando en ellos se detienen los peregrinos.

tes. Los estanques que tendrian que desbordar de agua están casi vacíos, y la miés se seca en los campos agostados. Poblaciones hay que nada tienen por haber quedado incultos los arrozales.

¿Cómo arreglarme, pues, para levantar mi capilla? ¿Cómo asistiré á mis infelices neófitos? Esto es un problema cuya solucion depende de la divina Providencia y de las almas caritativas.

LÍBANO.

EL EMIR BECHIR.

HABLAR hoy del Líbano sin decir una palabra del célebre y casi legendario emir Bechir, sería quitar á la historia de aquel país uno de sus más salientes caracteres.

El emir Bechir pertenecía á esa familia árabe, originaria de la Meca, que gobernó el Líbano desde el siglo XII hasta nuestros días. Sucediendo al emir Jusseff, que había sabido hacerse amar, Bechir, por el contrario, sublevó repetidas veces á los montañeses con sus durezas y exacciones, y aún en ocasiones vióse obligado á huir de Deir-el-Kamar, pero siempre conseguía recobrar el poder. Entonces sin piedad ni compasion ensañábase con el mayor rigor contra los rebeldes y contra sus rivales. Habiendo ofrecido el perdón á varios individuos de su familia, los hizo venir á Deir-el-Kamar, en donde mandó cortarles la lengua y que les arrancasen los ojos. Por tan terribles medios supo el emir Bechir mantenerse en el Líbano, en donde, hasta 1840, gobernó á los drusos y maronitas.

Estos últimos en particular tuvieron que soportar sufrimientos de todo género. En varias circunstancias el Emir los prestó como auxiliares á su viejo amigo Mehemet-Ali.

La ingratitud, la mala fe y tratamientos indignos fueron las únicas recompensas para los servicios y victorias de los maronitas, quienes en el colmo de su desesperacion levantáronse á su vez, el 29 de Mayo de 1840, contra la tiranía de Mehemet-Ali y las duras exacciones de Bechir. La insurreccion fué al principio general: los maronitas, los drusos y los metualis tomaron en ella parte igual; pero en breve el Emir supo sembrar la division entre ellos, y logró á fuerza de oro que se retrajeran los drusos. Esta traicion consternó á los maronitas, que se vieron perdidos: el renegado Soliman-baja, gobernador de San Juan de Acre, á la cabeza de los egipcios penetró en el Líbano, incendiándolo y saqueándolo todo, hasta que la escuadra combinada de turcos, austríacos é ingleses llegó á las costas de Siria. Los maronitas se habian refugiado en sus montes más elevados, en donde proveidos de armas y municiones cobraron nuevo valor, y sostenidos por los aliados de la Puerta, que atacaron á los egipcios, aplastaron las tropas de Mehemet-Ali.

El emir Bechir no podía tardar en sucumbir; pues su posicion se habia hecho insostenible, á causa, sobre todo, de la tiranía que habia ejercido. Inútilmente trató de salvarse negociando con la Puerta y aún ofreciendo al Sultan su completa sumision, entregándole dos de sus hijos en rehenes, pues no habiéndose realizado la sumision el día convenido, el almirante inglés publicó el fir-

Ayuntamiento

man del Gran Señor que pronunciaba la deposicion del viejo Emir y establecia al emir El-Kazim.

El 12 de Octubre Bechir con toda su familia abandonó su palacio de Deir-el-Kamar, y se dirigió á Saida para embarcarse en un buque inglés. Los testigos de esa escena nos lo representan agachado en el muelle del puerto aguardando su partida para el destierro. Su mirada sombría y penetrante se dirigia sucesivamente á sus compañeros de infortunio, que eran conducidos á bordo en lanchas, á la multitud que le contemplaba por última vez, y tambien á las cumbres del Líbano que no habia de ver más. Una sonrisa siniestra erraba de vez en cuando por sus labios.

El Emir era de mediana estatura: su rostro aparecia curtido, su frente surcada por numerosas y profundas arrugas, y sus ojos estaban casi apagados por la vejez: no obstante, brillaba aún en ellos el fuego que los animara en otro tiempo. ¡Cuántos recuerdos y tristezas debian entonces agitar su alma!

Bechir era oriundo de una familia musulmana de origen que habia adoptado la religion de los drusos, deplorable mezcla de mahometismo y cristianismo; se habia hecho católico, pero continuaba siendo personificacion completa de esa nacion drusa casi indescifrable; tenia en su palacio una mezquita y una capilla, y probablemente cada treinta noches se ponía bajo el árbol verde de los drusos.

Los maronitas echaron á menos con el tiempo al antiguo Emir. Olvidáronse sus exacciones para no acordarse sino de su genio. El-Kazim, reconocido incapaz para el gobierno, fué desterrado á Constantinopla, al mismo tiempo que se dividió la administracion de los drusos y maronitas para darles distintos kaimacanes ó lugartenientes.

Esto dió lugar á que se renovaran las antiguas rivalidades. ¿Dónde encontrar una mano de hierro como la de Bechir para reunir, domar ó someter á estos dos pueblos? Las matanzas y la guerra ofrecieron más tarde la prueba de esas terribles dificultades y dieron una solucion del problema.

EGIPTO.

LA ÚLTIMA REVOLUCION MILITAR.

Aunque nuestro periódico no se ocupa mucho de las naciones bajo el punto de vista político, hay sin embargo acontecimientos de los cuales no debemos prescindir por la influencia que pueden tener sobre el porvenir del apostolado. Como por otra parte entre los que presencian tales sucesos nuestros misioneros son los que se hallan en el caso de juzgarlos con más sano criterio, creemos de interés la publicacion de los siguientes datos acerca la última revolucion ocurrida en Egipto.

Zagazig, 1881.



habrá tenido V. noticia de la insurreccion militar ocurrida pocas semanas hace, cuando las tropas mandadas por el coronel Arabi-bey cercaron el palacio del Khedive, reclamando medidas enérgicas contra la ingerencia de los europeos en los negocios del Estado.

Hé aquí cómo marchan las cosas actualmente. La pretension de los insurrectos para obtener un gobierno nacional se va cumpliendo poco á poco. El Ministerio patrocinado por los europeos ha tenido que ceder el puesto de Madrid

á un Ministerio egipcio. El contingente del ejército ha sido aumentado, y, lo que más importa, el nombramiento de delegados nacionales se verifica ó se verificará en los pueblos por los cheiques. Como este último punto tiene un interés capital, nunca faltan pretextos para retardar la convocacion. Pero esta asamblea de delegados, y por consiguiente la inauguracion de un gobierno nacional, no puede ser impedida por Europa sin graves complicaciones. Por de pronto Arabi-bey, el jefe del movimiento, se encuentra ahora mismo en Zagazig con su ejército. No puede V. figurarse el entusiasmo que este caudillo ha excitado entre los egipcios. En los varios discursos que ha pronunciado se echa de ver la más firme resolucion de alcanzar á su país la autonomia nacional, y es de creer no parará hasta conseguirlo. Todos los egipcios están por él, pudiendo levantar mañana, si quiere (segun me acaba de asegurar un agente del consulado), un ejército de 150,000 hombres, cuyos cuadros están ya dispuestos con sus oficiales nombrados. Aquí se pasea como rey; tal es el prestigio de este hombre.

Pero, ¿qué quieren los egipcios? ¿cuáles son sus disposiciones respecto de los europeos? ¿Tienen probabilidad de conquistar su independencia despues de tantos siglos de servidumbre?

Por de pronto lo que importa dejar sentado es que este movimiento nacional es obra de los Fellahs, de la poblacion que se dedica al cultivo de la tierra, de esos mismos que hasta aquí han estado completamente separados del radio de accion de los misioneros. Arabi-bey es un Fellah, hijo de un cheique de un pueblo vecino de Zagazig: en nombre de los Fellahs habla; sus soldados que tiene entre las manos son casi todos Fellahs: en fin, tiene el apoyo de todos los cheiques de poblaciones, y este apoyo general de los jefes de los Fellahs es lo que imprime á esta revolucion un carácter nacional. La nacion de Egipto más que otra ninguna está dedicada al cultivo de la tierra, lo cual es fácil de concebir, pues no hay en el mundo otro país más agricola que éste. Hay, es verdad, grandes ciudades, pero la nacion no está allí: en las ciudades no hay más que explotadores; Alejandria es ya toda europea. Pudiera objetarse que Tintah constituye una excepcion: no, Tintah no es una ciudad, *es una poblacion grande*, como suele decirse, y los prohombres

de Tintah son los propietarios de los terrenos circunvecinos.

Tenemos, pues, que la nacion egipcia vive en el campo, y esta misma es la que hoy se levanta.

¿Qué quiere este pueblo afecto al cultivo de la tierra? Para contestar á esta pregunta permítame V. le refiera lo que pasó hace unos quince dias en Zagazig. Arabi-bey atravesaba la ciudad con un regimiento para trasladarse á Tell el Keber, á donde el Khedive lo ha destinado, ó mejor á donde él mismo ha pedido lo trasladasen, por no haber otro punto que más le convenga para organizarse.

A la nueva de su paso la estacion se llenó de egipcios, de efendis, de cheiques, y se hizo al coronel una verdadera ovacion; cubriéronle de flores, aclamáronle como libertador de Egipto. Hé aquí en resúmen cuál fué su contestacion:

Despues de haber recordado que los egipcios, tan florecientes en otro tiempo, como lo acreditan sus monumentos, de dos mil años á esta parte no han hecho más que dejar un yugo para sufrir otro, dijo haber llegado ya la hora de volver á ser un pueblo; que sustraídos paso á paso á la dominacion turca, por poco caen bajo la férula de los europeos; que el peligro por de pronto estaba conjurado, por cuanto las medidas reclamadas por el ejército se hallaban en vias de ejecucion, pero que convenia ponerse en guardia, y que de todos modos contasen siempre con él. En cuanto á la actitud que debian

tener para con los europeos, era conveniente manifestarles el más profundo agradecimiento por su iniciativa; pedir, acoger con agrado sus consejos, pero rechazar resueltamente toda pretension de dominio. Arabi-bey terminó su discurso con dos vivas: uno al Khedive, otro á los europeos.

—Pero sobre todo vive tú, gritó un viejo cheique.

A esto el pueblo añadió un tercer viva.

Lo acontecido en Zagazig tiene lugar en todas partes por donde pasa Arabi-bey. Volver á conseguir la independencia, hé aquí la aspiracion universal. El momento histórico es muy interesante. Este pueblo, el más antiguo del mundo, que ha permanecido el mismo sobre un suelo que no permite prosperar á otra raza, está en vísperas de una verdadera resurreccion política. Iniciados



LIBANO.—El emir Bechir. (Pág. 196).

por los europeos en las ideas de independencia y civilización; casi libres del yugo que pesaba sobre ellos, el yugo más pesado, el yugo del turco, el yugo del *bombre-bruto*, pero al mismo tiempo amenazados de una nueva dominación; los egipcios sienten haber llegado la ocasión de ser otra vez los dueños en su propia casa, y reanudar la cadena de su historia nacional.

¡Ojalá lo consigan! Lo deseo con toda mi alma. No se crea que ellos rechacen la civilización; por el contrario, reclaman nuestros consejos: el muro que nos separaba de ellos ha caído. Pero en vez de amigos, de consejeros, de defensores, el egipcio, sobre todo el habitante de las campiñas, sólo halla malos tratamientos, injusticias y desprecios. Desde el griego que presta del 40 al 150 por 100, hasta esos ricos ingleses que se hacen pagar sus prebendas á razón de 150,000 francos, todo es una explotación cuyos gastos paga el pobre Fellah. Ahora uno de ellos se ha levantado en nombre de todos, y en pocos días la nación lo ha aclamado por su libertador.

¿En qué parará este movimiento? Esto depende de lo que hagan Francia é Inglaterra. Si se intenta impedir la reunión de los delegados, pueden sobrevenir graves acontecimientos. Empero déjese al Egipto que obtenga tranquilamente su independencia; hágase justicia á sus reclamaciones legítimas, y entonces nadie tendrá que temer.

SAHARA.

Muerte alevosa de tres misioneros de la Mision del Sabara y del Sudan.

QUERA vez la joven Sociedad de los Misioneros de Argel ha visto á tres de sus miembros derramar su sangre por sus hermanos. Los Padres Richard, de la diócesis de Nantes; Morat, de la de Chambéry, y Pouplard, de la de Angers, han sido muertos con crueldad por los Tuaregs en el camino de R'at, á donde iban para fundar una Mision. Estos Padres habian salido de R'dames á principios de Diciembre, y fueron asesinados al segundo día de su partida de esta ciudad por una banda de Tuaregs, en la que se encontraba cierto número de los asesinos de la caravana dirigida por Flatters.

Los misioneros de Argel establecidos en R'dames anuncian que se habia preso á tres de los criminales, y que por su parte no se atrevian á salir de esta ciudad, en donde residen hace muchos años, por temor de caer en manos de las bandas de Tuaregs que rondan por las cercanías.

Después de la matanza de la columna Flatters, el ilustrísimo Arzobispo de Argel, superior de la Congregación de Misioneros á que pertenecian los tres indicados sacerdotes, dió orden formal á los Padres de R'dames para que suspendiesen todo viaje en el Sahara, prohibición que renovó en la época de la campaña de Túnez. Era de temer, en efecto, que los misioneros y los franceses estuviesen expuestos á grandes peligros en aquellas circunstancias, á causa del recrudecimiento de odio contra la fe y contra Francia que reina entre las tribus musulmanas del interior.

Aquellos misioneros se conformaron á tales órdenes. Mas últimamente, reinando el orden material en Túnez y en la Tripolitana, y habiéndoles dado los jefes de la

caravana que debian conducirlos á R'at las mayores seguridades acerca la tranquilidad de este país, escribieron á sus superiores anunciándoles su próxima partida, y se creyeron autorizados para partir antes de recibir la respuesta.

Su intento era dirigirse por aquel punto al Sudan pagano, en donde hay gran número de pueblos sumidos en los embrutecimientos del fetichismo, que no han recibido aún sus primeros apóstoles. Habian sabido captarse la confianza absoluta de los musulmanes de R'dames y hasta de una parte de los Tuaregs por el ejercicio de una caridad perseverante. Este era el único modo con que les predicaban el Evangelio, esforzándose por desvanecer las prevenciones hostiles, y lo habian logrado hasta el punto de que los notables de dicha ciudad pidieran al cónsul de Francia en Trípoli, haré cosa de año y medio, los hiciese reemplazar por otros misioneros igualmente caritativos, si llegaban á dejarles para internarse en el país, como proyectaban hacerlo.

En un viaje que hizo al de los Tuaregs el P. Richard, fué perfectamente acogido, y le hicieron prometer que volveria. Pero entonces las circunstancias eran muy otras que las actuales. El odio al nombre cristiano ha llegado á su colmo en el Sahara y el Sudan mahometano por las predicaciones de los morabitos y por los papeles públicos de Constantinopla que penetran hasta allí. Así es que desde Marruecos hasta Egipto todo está á la hora presente entregado al más ciego fanatismo.

De este odio han sido víctimas los tres misioneros de Argel. Antes de partir hicieron generosamente el sacrificio de su vida, y no les faltó ni la fe ni el amor llevado hasta la más completa abnegación, ni ninguna de las disposiciones que la Iglesia exige para constituir el verdadero martirio.

La Sociedad de las Misiones de Argel, tan rudamente probada en las del interior del Africa, «actualmente las más difíciles y peligrosas,» como decia con razón el ilustrísimo Lavigerie, no se ha dejado abatir por este nuevo golpe. A la primera noticia de la muerte de otros tres de sus miembros, la Comunidad de la Casa Cuadrada se reunió para el canto del *Te Deum*, y al igual de lo que se ha hecho en tres circunstancias análogas, todos sus individuos juraron vengar á sus hermanos yendo á trabajar á costa de los mismos peligros, y si necesario fuere de los mismos sufrimientos, por la salvación de esos infelices pueblos á cuya resurrección se han consagrado.

El señor Arzobispo se ha asociado con su solicitud paternal á esta prueba cruel. Ha renovado los consejos de prudencia y sabiduría que dió á sus misioneros, prohibiéndoles terminantemente que renueven su tentativa de penetrar en el interior del Africa por el Sahara mientras duren las excitaciones de las que Túnez es el pretexto.

Las otras noticias de las Misiones continúan siendo buenas. En el Africa ecuatorial reina la tranquilidad más completa.

A continuación reproducimos la conmovedora carta que el Ilmo. Lavigerie ha dirigido á los miembros del Consejo de la Sociedad de las Misiones de Argel:

Cartago, 14 de Enero de 1882.

Amados hijos: Ya os di á conocer por el telégrafo nuestra nueva y cruel prueba. Los Padres Richart, Morat y Pouplard acaban de derramar su sangre por estos infelices

pueblos á quienes evangelizaban y habian ya colmado de beneficios. Nada faltó á la amargura y á la gloria de su muerte, como nada habia faltado á las disposiciones generosas con las cuales se habian consagrado á Misiones tan difíciles y peligrosas.

Los mismos Tuaregs que hicieron correr la sangre de nuestros primeros mártires, los Padres Paulmier, Ménoret y Bouchand, han muerto ahora inhumanamente á sus tres hermanos á su partida de R'dames. Así que reciba la relacion detallada de su dichoso fin, tendré el gusto de trasladársela; pero nada importante puede añadirse á estas sencillas palabras: Han muerto por el amor de su Dios y por el de sus hermanos.

Tres de los asesinos han sido arrestados por orden del bajá turco de Trípoli, y nuestro representante en esta Regencia se ha propuesto proseguir enérgicamente el castigo de su crimen. Le he hecho suplicar, amados hijos, en vuestro nombre y en el mio, que perdone á esos desventurados, pues no queremos ejercer contra ellos otra venganza que la de consagrarnos con mayor ahinco, si es posible, á sacar á estos pueblos de semejante barbarie. No me cabe duda que aprobaréis este sentimiento, que es el de nuestro comun Maestro perdonando á sus verdugos desde lo alto de la cruz, y el que tienen ahora en el cielo, no cabe dudar, esas tres dulces víctimas.

Dejarémos, pues, que las cosas sigan su curso, continuando en no pedir en el interior del Africa otra proteccion que la de Dios, pues no queremos crear embarazos á las potencias de Europa.

A este fin, os renuevo á todos, queridos hijos, los consejos de prudencia que os he dado tantas veces. Ciertamente, admiro la abnegacion generosa de nuestros tres mártires, pues creo poder darles este nombre en el sentido en que lo permite la Iglesia, y la admiro tanto más cuanto en los momentos actuales y con las sobreexcitaciones furiosas del fanatismo musulman, cuyos efectos se hacen sentir desde las fronteras de Marruecos hasta las de Egipto, era precipitarse á una catástrofe casi segura atravesar el país de los Tuaregs para dirigirse á R'at; pero bien sabeis las recomendaciones expresas de Nuestro Señor. Si anuncia persecuciones á sus discípulos, les aconseja huir cuando el peligro les amenaza, y de ninguna manera salir á su encuentro. Sin duda hay en la historia de la Iglesia ilustres ejemplos de generosidad heroica que buscan ocasion de dar á Dios esta suprema señal de amor; pero tambien hay otros, y no menos ilustres, que nos ofrecen una enseñanza contraria y que tienen en su favor la palabra misma del Evangelio.

Os escribo la presente desde Cartago, á pocos pasos del lugar donde sufrió la muerte san Cipriano. Todos sabemos que éste fué grande entre los mártires, y sin embargo nunca dejó de sustraerse al peligro hasta el día en que creyó deber levantar, por el testimonio de su sangre, la fe de su querida grey.

Lo mismo debeis hacer vosotros, hijos mios. Ignoro aún las circunstancias que decidieron á nuestros tres misioneros á emprender su viaje á R'at. Sin duda les dieron seguridades que les permitieron creer que no habia peligro próximo, y juzgar que no tenia ya razon de ser la prohibicion que les hice el año último. No es por tanto á ellos á quienes me dirijo: de hoy más no puedo recordar sus nombres sino para bendecirles é invocarles. A vosotros, y á vuestros superiores en particular, doy esos consejos de mi paternal solicitud. *En menos de seis años diez de los vuestros* han derramado su sangre en el interior de esa Africa desventurada, sin contar los que han muerto en ella de sufrimientos y fatigas. Es preciso que la experiencia del pasado sirva para moderar el celo de sus sucesores y hacerlo más paciente.

¡Feliz, queridos hijos mios, feliz la Sociedad de varones apostólicos que en estos tiempos de afeminacion y universal egoismo tiene necesidad de que se la contenga para no correr al martirio! Este generosísimo sentimiento es digno de la admiracion de los hombres y de las bendiciones de Dios; pero faltaria yo á todos mis deberes de Padre y de Pastor si no contuviese esos impulsos y no os mandase, *aun bajo pena de pecado, si es necesario*, que no os exponais voluntariamente *en peligro grave y cierto*. Así lo hice con los últimos que tomaron el camino del Africa ecuatorial, y estoy decidido á obrar con todos del mismo modo en lo sucesivo. Con todo, habrá aún no pocos casos en que quedarán burladas todas las previsiones; pero por lo menos vosotros y yo habremos cumplido con nuestro deber.

Entre tanto, seamos bastante generosos para sobreponernos á nuestra tristeza. Sin duda debemos llorar, vosotros por vuestros hermanos, y yo por mis hijos, é hijos tan dignos de mi respeto y mi ternura; pero debemos sobre todo regocijarnos porque su muerte es como la aurora de un porvenir mejor para una raza tan lastimosamente desgraciada.

Os he pedido que cantaseis el himno de accion de gracias. ¡Dicha verdaderamente grande la de vuestros corazones! Yo lo he recitado antes que vosotros, y me han conmovido profundamente los sentimientos cuya expresion ponía en mis labios. ¡Gustad por vosotros mismos su dulzura!

¡Ensalzad al Señor porque asocia á vuestros hermanos al glorioso coro de los Apóstoles! ¡Alabadle porque ha coronado con el martirio su vida de inocencia y de pureza! ¡Loadle porque su abnegacion son el honor de la Iglesia nuestra madre y de su católica patria!

Te gloriosus Apostolorum chorus.

Te Martyrum candidatus laudat exercitus.

Te per orbem terrarum sancta confitetur Ecclesia.

¡Ay! todos tenemos necesidad de misericordia y de perdón. Pidamos á Nuestro Señor que esta sangre por su amor derramada se una á la suya para servirnos de expiacion y de justicia.

Te ergo, quæsumus, famulis tui subveni, quos pretioso sanguine redemisti.

Terminemos pidiendo gracia para esta infeliz raza africana por tanto tiempo maldita, y á cuya salvacion nos hemos consagrado.

Miserere nostri, Domine, miserere nostri.

Fiat misericordia tua, Domine, super nos, quemadmodum speravimus in te.

No nos perturbemos, finalmente, por las dificultades y los peligros. En nombre de Dios habeis emprendido esta obra; suban, pues, á El vuestros corazones, suplicándole fortaleza vuestra confianza. Recordemos la frase del gran Doctor africano: *Sanguis martyrum semen christianorum*, y ella confirme ahora más que nunca nuestras invencibles esperanzas.

In te, Domine, speravi: non confundar in æternum!

Una vez más me uno á vosotros, queridos hijos mios, para esta accion de gracias y para estas oraciones, á las que me parece se asocian nuestros mártires desde el cielo.

Allí nos reuniremos un día con ellos, y todo lo que hubiéremos sufrido, segun la palabra de san Pablo, no será sino un sueño que pasa en presencia de la bienaventurada eternidad.

Una carta del Kaimakam turco de R'dames, escrita el 23 de Diciembre, trae algunos detalles más precisos acerca la muerte de los tres Padres y las circunstancias que la precedieron. Está escrita en árabe, y á continuacion la damos traducida:

«El domingo 18 de Diciembre por la mañana los tres



MADAGASCAR.—Campamento de la reina en Mahamasina. (Pág. 207).

1. Iglesia de San José.—2. Pensionado y escuela de las Hermanas de San José.—3. Calle de la Reina.—4. Tienda de la Reina.—5. Calzada.—6. Arrozales.—7. Arrabal de Tananarive.—8. Pueblo de Nossizzato.—9. Canal de riego.—10. Nossipatana.

misioneros se pusieron en marcha con doce camellos que alquilaron á los Tuaregs. Así que lo supo el Kaimakam, dispuso que les acompañaran algunos ginetes hasta haber pasado el pueblo de Tonnin, distante unos dos kilómetros de R'dames. Allí los Padres, después de dar las gracias á su escolta, la despidieron y tomaron por su cuenta el camino que conduce á Uargla. Con ellos iban los Tuaregs Khadjin el Menghassati, Idda y Aïça Ag Chika, todos tres de la misma tribu, y además un negro. Al cabo de tres días volvieron Saïah ben bu Said, su hermano Hamma y Mohamed ben Bekik, anunciando que los Padres misioneros habían sido muertos en la noche del miércoles al jueves (21 al 22 de Diciembre) por los Tuaregs que les acompañaban, á quienes precedentemente se habían unido otros siete, entre los cuales se cuenta el conocido por Mohamed bu Khedi el Fughassi. La catástrofe tuvo lugar en Mareksan, á una jornada del punto de su partida. Los asesinos robaron todo lo que los misioneros traían consigo, dejando que los camellos Chambaas se volvieran con sus armas y camellos.»

Añade la carta que los tres misioneros sobrevivientes de la estación de R'dames quisieron abandonar la ciudad para dirigirse á Trípoli ó á Uargla, después de la inmolación de sus compañeros, pero que no pudieron verificarlo á causa de las bandas de Tuaregs que infestan el país. En el interior de la ciudad nada tienen que temer, pues les rodea el respeto de todos los que han tenido ocasión de tratarles. Sobre esto, un sujeto que conoce á fondo el país decía hace algunos meses:

«Varias veces he podido convencerme de lo mucho que esos Padres misioneros han logrado hacerse amar del pueblo de R'dames y sus alrededores. Su puerta está abierta á todos los que reclaman sus cuidados. Les sirven de médicos y distribúyenles gratuitamente los remedios sin pronunciar nunca una palabra que revelen intentos de proselitismo entre los musulmanes, objeto que se reservan obtener con los pueblos del Sudan. Su primera estación en esta vía es R'dames, donde han sabido captarse generales simpatías de cuatro años acá. Alentado con tan buen éxito, el P. Richard se proponía establecer en R'at una segunda etapa. Cierta día que algunos vecinos de la ciudad me hablaban de este proyecto, díjéronme resueltamente:

«—Tenemos ahora mucha necesidad de vuestros misioneros, y no les dejaremos partir si no se les reemplaza con otros.

«Este testimonio no necesita comentarios, y demuestra el prestigio que han sabido adquirir esos modestos soldados de la civilización.»

Antes de emprender su viaje, los tres misioneros pidieron al bajá turco una carta de recomendación. El texto de la misma confirma plenamente la precedente apreciación. Dice así:

«El Rdo. Richard, de la Orden religiosa de los Padres misioneros, vino aquí hace unos cuatro años con sus compañeros, del país del ilustre Gobierno francés. Durante su permanencia en R'dames, él y los otros misioneros constantemente han obrado el bien, y nadie ha tenido que presentar la menor queja por haberles causado perjuicios. Al contrario, han cuidado á los enfermos y distribuido medicamentos, siempre gratuitamente, á cuantos se les presentaban. Hoy el susodicho Rdo. Ri-

chard desea emprender un viaje junto con sus compañeros los Rdos. Pouplard y Morat, y por nuestra parte les entregamos un escrito designando su situación, á fin de que llegue á conocimiento de todos los que lean la presente acta. Emprenden el viaje por su plena voluntad y sin influencia extraña. Se pone la presente entre sus manos, para que nadie les impida llevar á cabo sus proyectos de viaje.

«Dado con fecha del 25 de *mobarrem* (17 de Diciembre de 1881).»

Por su parte los tres misioneros tuvieron que entregar al bajá ó Kaimakam una especie de descargo escrito, en los siguientes términos:

«Los infrascritos nos hemos presentado este día al Kaimakamado de R'dames para hacer la declaración siguiente: Somos de la nacionalidad del ilustre Gobierno francés, y pertenecemos á la Orden religiosa de los Padres misioneros. En todo el tiempo que hemos residido en esta localidad de R'dames nunca nos ha acontecido la menor cosa desagradable por parte de la autoridad local ni tampoco de los habitantes, y estamos enteramente satisfechos de nuestras mútuas relaciones. Queriendo emprender un viaje, declaramos que, si nos aconteciere algun percance ó corriésemos peligros, no habrá por que reclamar á la Autoridad. Para establecer la irresponsabilidad de ésta, declarada por nosotros, á fin de que no se le promueva querella por lo que pudiera sucedernos, damos el presente documento en escritura árabe y en escritura francesa.

«Con fecha de *mobarrem* 1299 (Diciembre de 1881).»

A pesar de estos dos documentos, ó mejor, á causa de la singular precaución tomada con este último, parecen confirmarse las sospechas que se abrigaban acerca la complicidad de los turcos, y hasta se nombra al que preparó é hizo consumar el crimen, el cual inmediatamente se refugió en la *zauia* de Zerbub, uno de los sitios de asilo más venerados del Sahara.

NATAL.

LA GUERRA DE LOS BOERS.

Distintas opiniones se han emitido en el mundo político acerca las causas y la legitimidad de la guerra de los Boers contra los ingleses. Este es un punto que dejamos al tiempo el ponerlo en claro. Empero en estos sucesos, que han modificado profundamente la faz del país, los misioneros católicos han ejercido un ministerio de caridad, y con este título damos cabida en nuestras columnas á la siguiente interesante carta del P. Meyer, la cual indica, si no la causa, por lo menos la ocasión y algunos episodios de la guerra.



Un Boer del distrito de Potchefstroom negóse con razón ó sin ella á pagar el impuesto, y en su virtud los agentes del Gobierno inglés se apoderaron de su wagon para venderlo en pública subasta. Este acto de justicia ó de violencia indignó grandemente á todos los Boers del distrito, quienes se levantaron en armas y arrebataron á viva fuerza el wagon confiscado, á cuyo acto de hostilidad respondió el Gobierno mandando á Potchefstroom dos compañías y dos cañones.

Restablecióse el orden al parecer, pero en realidad todo menos eso, pues la ligera escaramuza había avivado en los corazones dos sentimientos: la impaciencia por el yugo y la esperanza de sacudirlo. Pronto, en efecto, resueltos los Boers á combatir por la independencia de

su patria, levantáronse en masa y proclamaron la república en Heidelberg, pequeña ciudad á unas 60 millas de Pretoria.

Las Autoridades militares acordaron entonces reunir sus tropas diseminadas en varios puntos del país. Las de Stauderton y de Lydenburg recibieron orden de replérgase inmediatamente hácia Pretoria.

Entre tanto no se hablaba en todas partes sino de la temeridad de los Boers, burlándose de sus amenazas y de la ridícula campaña que iban á emprender, cuando repentinamente la noticia de la matanza de Bronkhorst-Spruit vino á sembrar la consternacion y el terror entre los ingleses.

Como he dicho, los Boers habian restablecido la república en Heidelberg y organizaron una formidable resistencia. Su plan consistia en impedir la concentracion de las tropas inglesas; así es que se apresuraron á mandar fuerzas considerables contra la columna del coronel Anstruther, que se dirigia á Pretoria desde Lydenburg.

Bajo las órdenes de Joubert, creado general en jefe, 1,500 Boers, perfectamente equipados, pusieron en marcha y tomaron sus posiciones en Bronkhorst-Spruit. Ciertamente no podian escogerlas mejor para una celada. En un terreno ligeramente inclinado extiéndose en hemicírculo, á cada lado del camino de Lydenburg, un espacio lleno de malezas en el que se puede ocultar un considerable ejército. Allí se establecieron los Boers, y aguardaron pacientemente á las tropas inglesas, que se dejaron ver el 19 de Diciembre á la una de la tarde.

Los ingleses vivian en la más completa ignorancia de lo que se tramaba contra ellos, y marchaban sin temor alguno, como en país amigo ó en el suyo propio, amenazado tal vez, pero no ocupado aún. No llevaban descubierta ni vanguardia, y traian cerradas las cajas de municiones: hubiérase dicho que se trataba de un paseo militar. Poco antes de llegar á aquel sitio, donde les aguardaba la muerte, empezaron á cantar el aria tan melancólica y popular en Inglaterra: *Kiss me, mother, kiss thy darling before he dies!* (¡Un beso, oh madre mia; un beso á tu hijo, pues va á morir!) Apenas habian cantado tres minutos cuando dos Boers, armados hasta los dientes, se presentaron al coronel con una bandera blanca y una carta firmada por las Autoridades republicanas. Entonces fué cuando los ingleses se vieron enteramente circunvalados por fuerzas siete veces superiores á las suyas.

El coronel tomó la carta con admirable sangre fría y leyóla á toda prisa. Su contenido se reducía á manifestar que el Gobierno de Heidelberg, el único legítimo en el Transvaal, se oponía formalmente á la concentracion de las tropas de S. M. la Reina de Inglaterra, y que por lo mismo el coronel Anstruther debía suspender su marcha, pues en caso contrario la república no respondía de las consecuencias.

Leida la carta, el coronel la arrojó al suelo, y contestó á los mensajeros que no reconocía la república del Transvaal; que órdenes superiores le llamaban á Pretoria, y que allí iría. Dada esta intrépida respuesta, los parlamentarios partieron á todo el galope de sus caballos, y el coronel se dirigió pensativo á su Estado mayor.

Apenas dió algunos pasos, cuando los Boers iniciaron un espantoso fuego. A la primera descarga cayó el coro-

nel bañado en su sangre y con ambas piernas destrozadas: casi todos los oficiales vinieron asimismo al suelo mortalmente heridos. Todo esto sucedió en menos tiempo del que empleo en referirlo, pues desde la aparicion de los Boers hasta este fatal momento apenas transcurrieron cinco minutos.

Los ingleses contestaron á la descarga, y se defendieron con vigor; pero atendida la inferioridad del número, de la posicion y de los preparativos, no habia medio de evitar que sucumbiesen hasta el último, á lo que estaban ya resueltos. Sin embargo, al cabo de veinte y cinco minutos de carnicería, advirtiéndole el coronel que el fuego decrecia entre los suyos y que amenazaba extinguirse por completo, mandó izar un pañuelo blanco en la punta de una bayoneta. Suspendióse el combate, y de los 246 hombres que componian la columna sólo quedaban en pié 85; todos los demás estaban muertos ó heridos.

Al siguiente dia vino la noticia de esto á Pretoria, y partí al momento con dos cirujanos y dos ambulancias, llegando el otro dia al teatro de la lucha, que ofrecia un espectáculo desgarrador. En el lugar mismo en que habian caído aquellos valientes, bajo un sol ardiente que enconaba las heridas y descomponia los cadáveres, habianse levantado doce tiendas en las que se acumularon 86 heridos, tendidos en el desnudo suelo.

Fuí recibido como un ángel del Señor por aquellos infelices, acribillados de heridas.

—Ahora, me decian, estamos contentos; tenemos al sacerdote con nosotros.

Muchos lloraban de gozo, y mis párpados se humedecieron también con lágrimas de compasion y simpatía. Los protestantes no volvian de su sorpresa viendo el cambio obrado con mi presencia. Un oficial subalterno (oficiales no los habia) vino á estrecharme la mano, y me dijo llorando:

—No pertenezco á la religion de V., pero amo á mi regimiento y le agradezco á V. el bien que hace aquí. Ayer y anteayer la más sombría consternacion reinaba entre nosotros, que se ha trocado hoy en buen humor. Chancéanse en las tiendas, y no me cabe duda que es la presencia de V. la causa de este gozo. Indudablemente, aquí se esconde algo.

Sí, efectivamente, y ese algo que el protestantismo no conocerá nunca, es la seguridad del perdón y la paz del alma que traía yo á aquellos infortunados.

En esto llegó una partida de Boers para llevarse á los prisioneros. Exhortéles á sobrellevar cristianamente todo lo que tuvieran que sufrir, y les distribuí rosarios, medallas y otros objetos de devocion. Fué preciso, despues de darles mi postrera bendicion, separarme de aquellos valientes y volver al lado de sus compañeros de armas mientras ellos se alejaban escoltados por los Boers. Pero hé aquí que, cuando salía de sus filas, uno de éstos me indica imperativamente que siga la columna. Protesté, naturalmente, y como él insistiese, le mandé á paseo con cierta viveza. Esto hubiera tal vez agravado mi situacion á no ser la oportuna intervencion de otros Boers, que hicieron entender á su asaz celoso compañero, que era yo un *predicante*. No fué necesario más para hacer respetar mi libertad; pues estos indígenas, aunque no siempre religiosos, son por lo comun supersticiosos, y si no aman al *predicante católico*, les infunde respeto.

La gracia de Dios ha trabajado visiblemente conmigo. Ninguno de aquellos valientes militares rechazó los auxilios de la Religión, y me persuado que mi presencia en Bronkhorst-Spruit hizo bien y regocijó á no pocos.

Segun todas las probabilidades los Boers tuvieron un centenar de hombres fuera de combate, entre muertos y heridos.

Nada os diré de las privaciones que experimenté allí, pues los sublevados se apoderaron de todas las provisiones, excepto el maíz, ordinario sustento de los cafres, y algunas galletas. No fui solo en sufrir el hambre: los cirujanos, cuyo trabajo era abrumado, no estaban mejor provistos: sin embargo, todos poníamos buena cara, y reciprocamente nos convidábamos á comer.

Mi ministerio quedaba cumplido, y podia prestar algun servicio al ejército volviendo á Pretoria. El coronel, que vivia aún, me confió los documentos oficiales del regimiento, así como varias cartas á las Autoridades militares, que quiso las leyese para el caso en que me fuesen arrebatadas por el camino. Tomé doce heridos conmigo, y partimos.

Salvo ligeras dificultades en el paso de los rios, el viaje fué más feliz de lo que esperábamos. Temíamos ser detenidos, pero afortunadamente no sucedió así. Al anocheecer, cuando nos fué preciso acampar, advertimos en las alturas unos cincuenta hombres que nos observaban. Recomendé el más profundo silencio á los soldados, y les prohibí que saliesen de los vehículos hasta cerrada la noche. Esta medida de prudencia nos salvó, pues los Boers juzgaron sin duda que éramos viajeros ordinarios y se retiraron, como así me lo demostró muy pronto el aullido de los chacales, que me impidieron conciliar el sueño.

De regreso á Pretoria, apenas reconocí la ciudad. Las calles aparecian desiertas, las casas cerradas, y reinaba un sepulcral silencio en aquella poblacion, poco há tan activa. Durante mi ausencia se habia declarado á la ciudad en estado de sitio, y todos los ciudadanos capaces de manejar un fusil habian tomado las armas: hasta las mujeres habian levantado sus tiendas en el recinto del campamento, al amparo de la artillería. El convento de las Hermanas, que es el edificio más vasto de la ciudad, quedó transformado en ciudadela, defendida por varias compañías de voluntarios. Convirtiósse la capilla en cuerpo de guardia, á excepcion del santuario y del coro, que se dejaron á las Religiosas como sala de comunidad y dormitorio para ellas y varias de sus pensionistas que no hubo tiempo de acompañar al seno de sus respectivas familias.

Entre tanto el cerco iba estrechándose cada dia más. Los Boers interceptaban toda comunicacion, aislándonos por así decirlo del mundo entero. De vez en cuando intentábase romper este circulo de fuego, organizando salidas, que comunmente sólo servian para hacernos perder algunos hombres. La táctica de los enemigos consistia en ocupar las alturas y mantenerse en ellas á despecho de los sitiados, convertidos en asaltadores. En una de tales salidas, por poco caigo en poder de los contrarios. Era un domingo; las tropas habian salido por la madrugada, y obligado yo á celebrar la misa parroquial, esperaba reunirme con ellas al terminar ésta, confiando en la agilidad de mi corcel. Partí, en efecto, á todo esca-

pe hácia donde se oía el estampido del cañon. En breve divisé un cuerpo de caballería que guardaba los desfileros de la montaña, y lo confundí con el de los voluntarios. Iba á reunirme con él, cuando de pronto advierto mi error. Era una considerable partida de Boers, que habia dado vuelta á la montaña con increíble rapidez, y que aguardaba la retirada de los ingleses para causarles una sangrienta derrota.

Vivíamos en Pretoria como en una ciudad sitiada. Al principio de las hostilidades la Autoridad militar concentró en sus manos todas las provisiones que se hallaron en los almacenes para la venta pública. Harina, galleta, carne salada, todos los víveres, en fin, quedaron depositados. Indígenas leales en considerable número, huyendo de la violencia de sus compatriotas, vinieron á la ciudad con sus rebaños y aumentaron así la abundancia. Distribuyéronse regularmente las raciones, y segun cálculos habia víveres para más de seis meses, más que suficientes para dar tiempo á que llegase sir Jorge Cooley con sus huestes. Vivíamos, pues, en la más completa tranquilidad, cuando la derrota del ejército inglés y la muerte de dicho jefe en Amajuba vinieron á sembrar en nuestras filas el dolor y el espanto. No obstante, confiámos luego en el general Wood, á quien los Zulús apellidan el Leon inglés, y con la esperanza renació el valor. Entonces fué cuando se firmó el armisticio, preludio de la paz. Aboliósse la ley marcial, y todos los milicianos, la mayor parte bramando de coraje, se retiraron á sus hogares. Centenares de familias quedaban completamente arruinadas, y la Mision misma no dejó de experimentar considerables pérdidas.

No se crea por esto que estemos en Pretoria llorando y gimiendo por nuestras esperanzas desvanecidas, como Jeremías sobre las ruinas de Jerusalem. Sin duda hemos perdido no poco, y lo lamentamos amargamente, pero en manera alguna nos desalentamos. Permanecemos en nuestro puesto, y si nuestros desvelos no dan todo el fruto que pudiera esperarse en diferentes circunstancias, esto no es razon para abandonar el campo. Abrigo la firme confianza de que nuestras obras recobrarán su anterior floreciente estado. La Mision de Pretoria no habia tenido aún su cruz, este sello de las obras de Dios. Una prosperidad siempre creciente confieso que me infundió temores más de una vez; pero, á Dios gracias, quedo ahora perfectamente tranquilo.

ÁFRICA ECUATORIAL.

MTESA, REY DEL UGANDA.



MTESA, rey del Uganda, es el monarca más poderoso entre todos los que dieron hospitalidad al célebre viajero Stanley en su memorable travesía del continente africano (1875-1876). Situado al Norte del gran lago Victoria-Nyanza, cortado por la línea ecuatorial, el Uganda es un reino de dos millones de habitantes; su capital es Rubaga, y varias provincias le son tributarias, como el Karagué, el Unyoro, el Usogo, etc.

La edad del rey Mtesa es de unos 40 años. Su semblante revela inteligencia; su hermosa frente, sus ojos grandes, su color oliváceo le distinguen completamente de los demás negros; es temido y respetado de todos sus súbditos. Todos los dias los grandes del reino, los Mó-

hammis van á hacerle la corte, y de vez en cuando le visitan los misioneros. El Rey acoge favorablemente á los europeos, y muestra grandes deseos de instruirse: desgraciadamente la poligamia opone á su conversion un obstáculo casi insuperable.

Para que mejor se conozca á este Monarca, traducimos del inglés la conversacion siguiente, referida por un misionero protestante.

«Preguntóme Mtesa de qué manera podria enriquecer á su país.

«—Permitid á vuestro pueblo, le respondí, que establezca un mercado donde se puedan vender y comprar toda clase de productos; mandad prender á los criminales reincidentes para ser condenados al cultivo de nuevas plantaciones, á cuidar los ganados, á sanear los terrenos pantanosos; concludid de una vez con el comercio de esclavos...

«A estas últimas palabras interrumpió el Rey:

«—¡Ah! exclamó con amargura; yo soy como un hombre extenuado por el hambre, á quien se dijera: «Andad, emprended un largo viaje, haced cosas imposibles.» Si la Reina de Inglaterra quisiese apoyarme como apoya al Saïd Bargash de Zanzibar, por cierto que aboliera la esclavitud; mas la preponderancia de mis chaïques (jefes de tribu) y el bien de mi pueblo dependen de ese tráfico, y yo no tengo derecho de oponerme.

«—Sin embargo, semejante tráfico es una práctica abominable que me parece podriais desterrar de vuestro país.

«—Indudablemente, fácil me seria impedir que los árabes vengan aquí, ó hacer que se vuelvan, á su venida; pero entonces ¿quién suministrará productos extranjeros, quién satisfará las aspiraciones que han nacido en el corazon de mis chaïques y de mi pueblo? Si los ingleses, que son buena gente, quisiesen tratar conmigo, podrian obtenerse buenos resultados.

«La idea de establecer relaciones mercantiles con la Gran Bretaña germina en la cabeza del Rey negro del Uganda. Ya en 1880 mandó á Lóndres una embajada compuesta de tres grandes de su Corte. Vamos á extraer á título de curiosidad la relacion que uno de ellos, Saabadu, hizo á su señor al regresar á Rubaga:

«—Al llegar con mis compañeros á Rionga (1) dejamos nuestras mujeres: despues nos quitaron nuestros fusiles, nuestras lanzas, nuestros broqueles, hasta nuestros gruesos bastones; así es que creimos que Mtesa nos habia vendido como esclavos á los hombres blancos. Anduvimos tres meses á través de un desierto antes de llegar á Kartum; luego otros dos meses en otro desierto. Llegamos por fin á un Nyanza (2), donde subimos en un barco, ¡oh mi señor! un barco grande como una colina. Entramos en la capital de los turcos (egipcios). Sin embargo, observamos que no son los turcos, sino los Wasongus (europeos) quienes gobiernan el país.

«Navegamos en seguida por otro segundo Nyanza (3) hasta llegar á una isla (Malta). Como se nos dijo que pertenece á la Reina de Inglaterra, creimos naturalmente que la Reina habitaba en ella. Pero fué necesario ir mucho más lejos, diciéndonos que aún no estábamos á la

mitad del camino, con lo cual nos pareció que nunca alcanzaríamos el fin. Luego navegamos por otro Nyanza (1).

«Finalmente al cabo de luengos dias aportamos en Inglaterra. ¡Oh, qué infinidad de barcos vimos allí! Al ver tantos mástiles nos ocurrió la idea de si seria un bosque cuyos árboles crecian en el agua. Al subir el rio (el Támesis) todos los capitanes de los buques gritaban desde lo alto de sus mástiles:

«—¡Llegan los Bugandas! ¡haced sitio á los Bugandas (2)!

«Desembarcamos en Lóndres. La Reina (3) nos mandó un ministro con un carruaje y dos caballos. Hay tantos caballos en aquella tierra, que apenas pueden contarse. Las casas son hechas todas de piedra. ¡Oh mi señor! ¡aquello es magnífico, magnífico! Construyen de piedra dos largos muros á perder de vista: en el interior de estos muros se halla la casa, la cual está tan dividida que puede albergar á un número incalculable de personas. ¡Oh! ¡Lóndres es una ciudad muy grande!

«Dos dias despues la Reina nos hizo llamar. Vimos una multitud de damas, todas vestidas de la misma manera, de suerte que nos fué imposible conocer cuál era la Reina.

«El dia siguiente fuimos á una gran pradera para ver los soldados. Cada jefe tiene oficiales que llevan uniforme diferente. Inmediatamente visitamos el sitio donde se hacen los cañones. Para cargar uno se necesitan doscientos barriletes de pólvora. La bala vuela como de aquí á Nyamagona (4). Despues vimos cuantos fusiles magníficos se fabrican. Un obrero nos enseñó el que acababa de hacer: ¡oh! ¡qué bonito era! Luego nos hicimos explicar tambien cómo preparan la pólvora.

«Pasado algun tiempo nos trasladamos á otro sitio, no á pié, sino que subimos á una casa de madera (vagon de ferrocarril), que partió por sí misma, llevándonos á todos.

«De vuelta á Lóndres, fuimos á ver los animales de la Reina (5). Todos los animales están allí. Hubimos menester tres dias para los leones, dos para los leopardos, tres para los búfalos, varios para los elefantes y seis para las aves (6). Vimos en seguida los cocodrilos. ¡Magnífico! ¡magnífico! ¡magnífico! Allí los cocodrilos no son salvajes. Llamanles y les presentan pedazos de carne, que toman inmediatamente de la mano del hombre.

«—¿Qué carne les dan? preguntó Mtesa.

«—Bueyes y cabras.

«—¿Echan á los animales bueyes y cabras vivos?

«—Matan siempre las bestias antes de dárselas á comer... Vimos además serpientes, elefantes y toda clase de animales.

«Mtesa dirigiéndose á sus chaïques:

«—¿Oís, les dijo, cuántos animales dan los europeos á su Reina?

«El Katikiro (primer ministro) contestó:

(1) El Oceano Atlántico.

(2) Lisonja para la vanidad de Mtesa.

(3) No fué la Reina, sino más bien la Sociedad de las Misiones protestantes.

(4) Poblacion á 10 kilómetros de Rubaga.

(5) Al jardin zoológico de Lóndres.

(6) Los embajadores no estuvieron más que tres horas en el jardin zoológico; exageran para decir que habia muchos animales.

(1) Frontera del reino de Mtesa.

(2) El mar Rojo.

(3) El mar Mediterráneo.

«—Por fuerza debe ser una soberana muy poderosa.

«—Sin duda; pero ¿no podríais vosotros hacerme también poderoso, dándome otros tantos animales?

«—En seguida, repuso Saabadu, nos enseñaron bueyes, carneros y caballos (la Exposición agrícola). ¡Qué multitud de bueyes y carneros tienen los europeos! Vimos después millares de cerdos, cada uno con seis cochinitos; los tales cerdos sirven de alimento á la Reina.

«Entonces fuimos á despedirnos de esta Soberana. Su Majestad nos dió un barco que nos condujo á Zanzibar en un mes, mientras que nosotros habíamos empleado en el viaje de ida un año entero.

«En Zanzibar vimos á Said Bargash, quien nos hizo presentes; pero no tiene más que un país pequeño. Los árabes te engañan, mi señor, cuando te dicen que tienen un gran país en la costa. La costa pertenece á los ingleses, y los árabes son sus esclavos. Inglaterra es un país inmenso, una isla grande como de aquí á Zanzibar. Allí son tantos los puentes que se construyen sobre los ríos, que no es necesario meterse en el agua para ir de una á otra orilla. Oh mi señor, nosotros no tenemos país. El territorio de cada *chaique* inglés es tan grande como el Uganda, el Unyoro y el Usogo reunidos.

«—Repítelo, replicó Mtesa; que me place escuchar la verdad.

«—;Nosotros no tenemos país, mi señor!

«—¿Oís? dijo Mtesa á sus *chaíques*; nosotros no tenemos país.

«—En Inglaterra, continúa Saabadu, cada hombre no tiene más que una mujer, pero cada mujer tiene treinta hijos. Cuando los europeos vienen aquí no tienen mujeres; pero cuando se vuelven á Inglaterra se convierten en grandes *chaíques* y reciben una mujer en recompensa de sus servicios.

«Vimos también en Londres una iglesia que tenía campanas muy grandes (San Pablo). Cuando tocan estas campanas podríais oírlas de aquí á Busoga (á 25 kilómetros de Rubaga). El interior de la iglesia es de madera y piedra. Los europeos sólo tienen una religión.

«La casa de la Reina está toda llena de espejos, de oro y plata. Nosotros estábamos sentados en sillas de marfil y...

«—¡Alto! gritó con viveza Mtesa, á quien la enumeración de las riquezas del palacio de Windsor, contrastando con el aspecto mísero de su real cabaña, empezaba á poner mohino. Y despidió á sus *chaíques*, intimando á Saabadu la orden de no referir á nadie más que á él cuanto había visto en Inglaterra.»

CRÓNICA.

Palma de Mallorca.—Con satisfacción inmensa hemos leído en *El Áncora*, excelente periódico católico de aquella ciudad, la noticia de haberse instalado en ella la *Obra de la propagación de la fe*, tan recomendada á la caridad de los fieles por Leon XIII en la Encíclica publicada con motivo del último Jubileo extraordinario. En la penúltima junta general celebrada por la *Asociación de católicos* había sido presentada por la Comisión de propaganda un proyecto referente al establecimiento de la *Obra*, quedando aquella encargada de estudiar el modo de establecerla en Mallorca.

«En la última junta, dice nuestro colega, después de manifestar la Comisión el desempeño de su cometido, se acordó que en seguida se procediera á tomar nota de los que quisieran formar parte de esta *Obra*, los cuales fueron muchos y dispuestos la mayor parte á emplear su influencia para que fuesen más. De esta manera queda establecida desde luego en Palma esa excelente *Obra* que deseamos ver extendida por todos los pueblos de la Isla, como lo está ya en la mayor parte de los del Orbe católico. Tenemos la esperanza de que nuestros deseos se verán cumplidos así que el católico pueblo mallorquín tenga conocimiento de ella y haya comprendido la gran utilidad que presta al Catolicismo ayudando, por medio de las oraciones y limosnas de los Asociados, á los misioneros encargados de darlo á conocer por todo el mundo. El Sr. Horrach, secretario de la *Asociación de católicos*, quedó encargado interinamente de continuar los nombres de los que quieran formar parte de esta *Obra*.»

¡Ojalá sea imitado por todos los que pueden y deben el hermoso ejemplo de los católicos mallorquines!

Roma.—El Rdo. Eugenio Biffi, prefecto apostólico de la Birmania oriental, ha sido nombrado por Leon XIII obispo de Cartagena en Colombia.

El Ilmo. Biffi pertenece á la Sociedad de las Misiones extranjeras de Milan, y le sucede en Birmania el P. Tancredo Conti.

Para ocupar la vacante que ha dejado el difunto Ilmo. señor Barbero en el vicario apostólico de Hyderabad ha sido nombrado el P. Pedro Caprotti, perteneciente también á la referida Sociedad.

Armenia.—Nuevos excesos han sembrado el espanto entre los habitantes católicos armenios del distrito de Hordirtchur, dependiente del gobierno de Trebisonda. El jefe de los bandidos lazas, Toy-Oglu, había saqueado é incendiado hace cuatro años el pueblo de Khantatzor, y en castigo había sido encerrado en una cárcel. Gracias á sumas considerables, pudo evadirse y últimamente consiguió hacer destituir al sub-gobernador de Rizé, Ali-Niad Bey, personaje hábil y valiente. Entonces, seguro de la impunidad, púsose á la cabeza de su partida y echóse sobre los pueblos armenio-católicos, causando á sus desgraciados moradores pérdidas gravísimas.

Los sacerdotes no pueden celebrar la misa con seguridad. Sorprendido uno de ellos en el altar, Toy-Oglu echó fuera á los fieles y apoderóse de los vasos sagrados. Así es que, en todos los pueblos del distrito, jóvenes armados hasta los dientes tienen que dar la guardia á la puerta de la iglesia mientras el sacerdote ofrece el santo Sacrificio.

Los cónsules francés é inglés de Trebisonda, informados de estos abusos, dirigieron una memoria á sus respectivos embajadores, que á su vez han acudido á Assim Bachi, ministro del Exterior. El reverendísimo patriarca señor Azarian ha dado también algunos pasos cerca del Ministerio del Interior; mas la política actual del palacio no permite escuchar las reclamaciones de los cristianos. Veinte pueblos habitados exclusivamente por armenios católicos se encuentran, pues, abandonados á merced de una banda de foragidos. Toy-Oglu ha vendido los vasos sagrados á mercaderes musulmanes del litoral del mar Negro, y los cálices y copones han ido á parar á manos de familias acomodadas de Rizé. Los católicos han reclamado, pero las autoridades locales no han querido escucharles. Tal es la situación de las poblaciones cristianas de la Anatolia.

Colombo (Ceylan).—Recientemente un sacerdote budista hizo abjuración de sus errores en la iglesia de Moratuwa,

distante doce millas de Colombo. Administróle solemnemente el Bautismo el P. Bergeretti en medio de una inmensa concurrencia de católicos, protestantes, budistas y musulmanes. Dicho neófito, que goza reputación de sabio de primer orden, se propone exponer cuanto antes en un libro las falsedades del sistema búdico.

Madagascar.—A fin de Setiembre de 1881 el Sr. Meyer, cónsul francés de Madagascar, presidió en Tananarive tres conferencias cuyo objeto era poner fin á las vejaciones soportadas hacia mucho tiempo por la Mision católica. Los Padres Cazet y Causseque y seis oficiales malgaches tomaron parte en la discusión.

Con prudencia y firmeza superiores á todo elogio el representante de Francia sostuvo los derechos de los misioneros y reclamó la aplicación imparcial de los tratados internacionales. En especial pidió para aquellos la autorización, tanto tiempo hacia prometida, de fundar ocho nuevas estaciones, y libertad para que los padres puedan hacer entrar á sus hijos en las escuelas de su elección. El Gobierno malgache se ha hecho sordo á tan justas reclamaciones: «Mas nosotros, escribe el P. Causseque, no nos desalentamos, antes bien esperamos que nuestra penosa situación no tardará en mejorar.»

—El M. Rdo. P. Juan J. Cazet, prefecto apostólico de Madagascar, escribía desde Tananarive en Diciembre último:

«Hemos dado, durante las vacaciones, algunos días de ejercicios espirituales á los maestros y maestras de las escuelas católicas de la provincia de Imerina. Es el sexto año que á este fin se reúnen en Tananarive. Debemos dar gracias infinitas al Señor por los frutos que han producido estos días de retiro. Nunca los ejercitantes habian sido tan numerosos y mostrado tan buena voluntad, recogimiento y piedad. En 1880 eran en número de 142, y este año han sido 192, lo cual permite apreciar el crecimiento de nuestras escuelas.

«La prensa europea habrá sin duda hablado de una imponente mision inglesa llegada á Tananarive en Julio último. Componíase del contra-almirante Gore Jones, comandante en jefe de la division naval del mar de las Indias; del cónsul inglés residente en Tamatave, y de muchos oficiales de marina.

«El objeto de esta mision oficial era felicitar á la Reina de Madagascar por haber emancipado á los esclavos venidos de la costa oriental del Africa y conocidos aquí con el nombre de mozambiques. Algunos han pretendido que habia en esto un fin secreto é importante. «En efecto, decian, ¿puede creerse que esos altos personajes hayan emprendido por disposicion del gobierno inglés un viaje tan largo, «costoso y molesto, únicamente para dar gracias á la reina «Ranavalomanjaka por lo que hizo cuatro años atrás.»

«Sea como fuere, el almirante inglés se mostró muy lisonjero con la Mision católica. En la visita que le hice con el P. Causseque díjonos con notable franqueza:

«—No comprendo misioneros con mujer é hijos, y por cierto que ayer tenia mi habitacion llena de ellos.

«Referíase á los ministros de la secta de los independentes, muy influyente en Madagascar y que ha sabido ganar á su causa á la Reina, al primer ministro, á la mayor parte de oficiales, y por este medio á numerosos prosélitos.

«—En punto á religion, añadía el almirante, sé muy bien á qué atenerme.

«Este distinguido marino asistió con el cónsul de Francia y con toda su oficialidad á la funcion del Santísimo Sacramento, quedando admirado de la belleza de nuestros cantos religiosos y de su esmerada ejecucion. Despues visitó la residencia de los misioneros y conversó con ellos largo tiempo, con gran admiracion de los malgaches.»

Siria.—El Ilmo. Gregorio Yussef, patriarca griego-melquita, escribe desde Damasco:

«Nótase entre los griegos cismáticos un movimiento muy pronunciado de conversion hácia el Catolicismo. Los griegos de Constantinopla acuden en masa al santuario de Nuestra Señora de Lourdes en Feri-Keui. Trescientas personas han abjurado el cisma en Rachaya, y tienen al presente un sacerdote y un maestro. El obispo católico de Cesarea de Capadocia nos escribe que treinta mil disidentes le han pedido entrar en la Iglesia católica, y le hemos enviado un misionero para ayudarle. Si tuviésemos los recursos necesarios para el sostenimiento de sacerdotes, de misioneros y de maestros, haríamos con el favor de Dios maravillas de conversion.»

Chan-si (China).—El vicario apostólico, Ilmo. Moccagatta, de Menores Observantes, escribe desde Tai-iuen-fu:

«Hemos pasado vivas inquietudes. Una sequía prolongada nos daba muy pocas esperanzas de cosechar algo, cuando la lluvia ha venido felizmente á reanimarlas. En la mayor parte de localidades habian paseado procesionalmente los ídolos, y la poblacion llevaba tan léjos el fanatismo que se habia prohibido el uso de vestidos y sombreros blancos, considerados aquí como de mal augurio. El misionero de Lu-gan-fu, que ignoraba esta prohibicion, fué cruelmente maltratado por haber contravenido á ella.

«El número de catecúmenos va siempre en aumento. En muchos distritos nuestros neófitos han sido atropellados por los paganos, y aún muchos han quedado arruinados y en la mayor miseria por la malicia de sus compatriotas, que han destrozado sus nacientes cosechas.

«Podría creerse que el hambre desastrosa de los años pasados ha hecho desaparecer á todos los pobres de la Mision del Chan-si; mas seria un error, pues hay en mi vicariato millares de infelices sin recursos. Un pequeño distrito de 300 cristianos cuenta 40 ancianos y viudas sin apoyo alguno y sin medios de subsistencia. Si la Mision no les socorriese, morirían de hambre hoy como tantos otros sucumbieron durante la terrible carestía.»

Hu-pe meridional (China).—El Ilmo. Filippi, de Menores Observantes, vicario apostólico de aquella region, escribe desde Kin-tcheu-fu:

«Durante el año pasado ha aumentado el número de nuestros cristianos, habiendo sido bautizados 153 adultos. El total de los neófitos es hoy de 3,850.

«Hemos tenido que echar los fundamentos de una residencia en I-tchang, donde contamos 50 neófitos. Situado en el centro del vicariato, junto al gran rio Azul, dicho puerto, recientemente abierto á los europeos, es el último á donde pueden subir los buques de vapor. La nueva residencia servirá al mismo tiempo de procuracion y descanso á los numerosos misioneros que se ven obligados á hacer parada en dicho punto para dirigirse al Tibet, al Su-tchuen, al Kuy-tcheu y al Yun-nan.»

Trípoli.—El M. Rdo. P. Angel María de Santa Agata, prefecto apostólico, escribe lo siguiente:

«El 4 de Noviembre celebrámos misa solemne de *Requiem* por los bienhechores difuntos de la *Obra de la propagacion de la fe*, y cada misionero ofreció tambien el santo Sacrificio por la misma intencion.

«En el transcurso del año hemos bautizado 136 niños *in articulo mortis* y recibido la abjuracion de un judío. Cerca de trece mil enfermos han recibido medicinas y la asistencia de las Hermanas de San José de la Aparicion, encargadas del hospital de Trípoli.

«Las seis escuelas que contamos en esta ciudad están dirigidas por tres profesores y diez religiosas. En Bengazi

han sido confiadas otras dos clases á las Hermanas de San José, y una tercera de niños está dirigida por los misioneros.»

Australia. — Otra carta del Ilmo. Salvado, obispo de Puerto-Victoria y abad de Nueva-Nursia, escrita en Noviembre del año pasado, nos da las siguientes noticias sobre la crítica situación que está atravesando aquella Colonia benedictina:

«Después de siete años consecutivos de sequía, comienza el octavo más temible aún que los precedentes. Por falta de lluvia se ha perdido la cosecha de granos; campos enteros de trigo han sido abrasados por el sol. Las cisternas están enteramente secas, y el agua escasa que queda en el fondo de algunos pozos es salada. De los veinte pozos de Nueva-Nursia uno sólo provee á las necesidades de la población y de nuestra Comunidad; mas no tardará en quedar agotado. Los rebaños perecen de hambre por falta de pastos. Algunos colonos han probado emigrar á regiones menos castigadas, y sus rebaños han perecido en el camino.

«Desde que comenzó este azote hemos perdido catorce mil reses lanaras, sin contar los animales de otras especies. Como la existencia de nuestra Mision depende enteramente de la venta de los vellones de nuestros carneros, si éstos siguen muriéndose, nuestra Mision no podrá sostenerse. Los campos nos proporcionan el pan cotidiano, lo cual es mucho; pero la lana nos permite obtener los recursos indispensables para todo el resto...

«Llevo ya treinta y seis años de misionero en Australia, y nunca habia visto tiempos tan malos.»

Oceania central. — El Ilmo. Lamaze, vicario apostólico de la Oceania central, escribía desde Wallis el 16 de Setiembre último:

«Diré algo acerca la obra de los latinistas indígenas, tan querida del Ilmo. Bataillon y que el Ilmo. Elloy aprobó y alentó durante su vida.

«En este momento hay en Wallis bajo la direccion del P. Bouzigue cuarenta latinistas, todos del país á excepcion de algunos de Futuna y de Samoa. Ocho de ellos tienen de 20 á 23 años; otros ocho de 17 á 20 años, y los restantes son más jóvenes. He visto de cerca y examinado detenidamente los diez y seis mayores, y he quedado muy satisfecho. No sé cómo ha podido el P. Bouzigue obtener semejante resultado, teniendo á su disposicion tan pocos libros, sin diccionarios y obligado á escribir y hacer copiar sus lecciones. Todo encomio me parece poco.

«La vocacion de los ocho alumnos mayores parece cierta á todos nuestros Padres de Wallis: por mi parte no puede caberme duda alguna despues del exámen á que les he sometido. Estos jóvenes son hijos de padres católicos y pertenecen á las primeras familias de la isla. Desde su más tierna infancia han vivido constantemente con los misioneros. Su conducta es irreprochable; cada mañana hacen juntos la meditacion; comulgan con frecuencia; en una palabra, son para todos motivo de edificacion. Desean consagrarse á Dios, y esperaban impacientes mi visita para saber si bendeciria y aprobaria su designio.

«La formacion de un clero indígena me parece el medio más seguro de alejar de nuestras islas la herejía vesleyana. La gran fuerza de los herejes en Oceania les viene, más que de los ministros europeos, del ejército bien organizado de sus catequistas indígenas. Seremos débiles contra la herejía mientras estemos desprovistos de clero indígena. Nuestros catequistas católicos no nos bastan: sólo pueden ser nuestros auxiliares, mientras que la herejía proclama á sus catequistas indígenas iguales á los ministros extranjeros para todo lo concerniente á su religion: son *ordenados*, si he de servirme de la palabra consagrada en la secta.

«Para la formacion de nuestro clero convendrá necesariamente proceder con lentitud y prudencia. Una vez sacerdotes, podrán vivir en comunidad en el seminario, é ir en determinados días á las parroquias para ayudar á los Padres. Por lo demás, su ayuda va á ser cada vez más necesaria á nuestros misioneros de Wallis, país en que la religion reina como soberana y en donde todo el mundo llena con asiduidad sus deberes religiosos. Los tres días que preceden á cada solemnidad nuestros Padres confiesan de la mañana á la noche: el día de la terminacion del jubileo en Mua dí la Comunión á más de mil personas. En la iglesia de San Pedro y San Pablo han habido 750 Comuniones. Así, pues, un sólo misionero no basta para semejante ministerio.

«De Wallis podrian enviarse poco á poco á las otras islas sacerdotes indígenas. ¡Ah! no obstante toda la abnegacion de la Sociedad de María siempre seremos pocos numerosos los misioneros europeos: los nuevamente llegados apenas bastan para llenar los vacíos causados por la muerte. Me aflige sobremanera pensar que en sólo el archipiélago de Tonga, de las cinco estaciones fundadas hay tres privadas de misioneros: Hihifo, Haapai y Vavau. Esto hace que nuestros neófitos se desalienten. Otras dos islas del mismo archipiélago, una de 1,500 habitantes y otra de 900, nos reclaman hace mucho tiempo, y no tengo á quien enviarles.

«Volviendo á nuestros latinistas de Wallis, añadiré que todas las tardes salmodian Completas, y pronto rezarán Prima antes de la meditacion de la mañana. Los domingos y demás fiestas cantan Vísperas, y añadirán luego las demás Horas pequeñas. En las grandes solemnidades cantan Maitines y Laudes. Los naturales de Wallis aprecian mucho el canto de las alabanzas divinas, y tambien yo encuentro en esto gran materia de consuelo y un motivo serio de esperanza para la conversion de mis queridos hijos de la Oceanía.»

ALBUM MALGACHE.

XI.

VIAJE DE LA REINA ENTRE LOS BETSILEOS.

(Conclusion.)



L cabo de un mes y seis días de campamento partimos de Fianarana el jueves 9 de Octubre, y tomámos de nuevo el camino de Tananarive.

Nada ofreció de notable nuestro regreso, que hicimos á marchas dobles porque se acercaba la estacion de las lluvias: el 28 de Octubre á las nueve de la mañana llegámos á Mahamasina, de donde habíamos salido el 1.º de Agosto.

Arreglóse el campamento como en el día de la partida, dando de él una idea aproximada el grabado de la pág. 200, tomado de una fotografia.

Vese en el centro una empalizada que forma un cuadro, dispuesta con tablones fijos en el suelo; es el *rova* ó barrio de la Reina. En el interior hay doce tiendas, algunas muy espaciosas. Al rededor del *rova*, que sólo tiene una puerta en el lado del Oeste, varias tiendas y lineas de soldados indican dónde se halla la guardia Real.

Las tiendas blancas son las de los oficiales que tienen el título de 12.º honor, de las damas de la Corte ó de las personas ricas. Las tiendas de los oficiales del 10.º honor están cubiertas de tela azul y aparecen negras en el grabado. Las más numerosas, que tiran á gris, son las de los soldados procedentes del campo.

Al Norte del *rova* (lado derecho de la fotografía) divísase un grupo considerable compuesto de príncipes, princesas y oficiales superiores; en el centro de este mismo grupo se levanta la piedra sagrada sobre la que fué coronado Radama II. Al Oeste, en los arrozales, hay el campamento del cuerpo expedicionario mandado por Ravoninahitriniarivo, cuyos altos hechos llevo referidos. Vuelve tras una campaña de cinco meses, trayendo la sumisión de diez y seis jefes sakalavos.

A las cinco de la tarde la Reina, desde su estrado y en presencia de los principales jefes, recibió al general y á su ejército, celebrando una charanga con aires europeos el triunfo del vencedor.

Vino á interrumpir la fiesta una violenta tempestad, que en pocos instantes puso el campamento en un estado indescriptible, siendo causa de que al día siguiente hubiera una exhibición de nuevo género, pues todos tuvimos que secar los vestidos al sol.

El 30 de Octubre hizo la Reina su entrada solemne en Tananarive. El P. Delbosch, enfermo de una fiebre contrada durante el viaje, no pudo asistir á esta fiesta, y en su defecto hizo continuar la narración por otro misionero de Tananarive.

Al medio día los cañones que en gran número coronan las alturas de la capital anunciaron tres veces la llegada de Ranavalona Manjaka.

La muchedumbre que acudió de todos los puntos de la Emirna, y que en la fotografía del P. Roblet apenas se representa una cuarta parte, colocóse con mucho orden en el anfiteatro natural que rodea la plaza de Andohalo, y apenas se dejó ver el gran parasol rojo salió un prolongado murmullo del seno de la multitud; esto es lo que aquí se llama el *boby*, especie de aclamación reservada para los soberanos de Madagascar. Al llegar al centro de la plaza la Reina desciende de su palanquin y el primer ministro exclama: *Ranavalona Manjaka, tompo ny tany* (la reina Ranavalona, señora de la tierra). A este grito responden la voz de los cañones y la marcha de la Reina, tocada por tres charangas. Luego, apoyada en el brazo de dicho ministro, se adelanta á pié hacia el estrado, vistiendo de magnífico raso blanco, ricamente bordado de oro, cuyos largos pliegues flotantes sostienen dos oficiales, y ciñendo sus sienes una corona de aquel precioso metal. En seguida toma asiento majestuosamente en el trono que se le había preparado. En la cúpula que lo corona y que parece un áscua de oro, hay diferentes inscripciones, una de las cuales dice: «Dios está con nosotros.»

Entre los personajes que tienen el honor de subir á la plataforma, al lado de la Reina, distínguese al primer ministro con una gorra de Betsileo y una especie de blusa abigarrada del mismo origen. Su traje forma singular contraste con el de los otros oficiales, vestidos todos á la europea con uniforme de general ó de jefe superior. El Sr. Laborde está delante de Su Majestad, y en frente del trono un cordón de granaderos custodia el espacio reservado á los oradores.

Concluidos los preliminares de la recepción empezaron los *basina*. Los magistrados abrieron la lid de la elocuencia, siguiéndoles los predicantes de Inglaterra. Al llegar nuestro turno vimos abrirse las filas de los granaderos para franquearnos el paso. Nuestro discurso re-

dactado por un hombre experto en el ceremonial y en la etiqueta malgache, estaba concebido en estos términos:

«Alcanzad, Señora, luengos años exentos de tribulación, y envejeced con los que viven bajo el cielo.»

«Como venís de pasearos por vuestro reino y vuestros territorios, estamos llenos de regocijo y admiración viéndolos de regreso con perfecta salud, gracias á la protección divina. Venimos, pues, á presentaros el *basina*, y el voto que formamos al ofrecérselo, es que Dios os proteja y que envejezcáis con los que viven bajo el cielo.»

Aquí el orador entrega á un oficial, que está allí para recibirla, la piastra reglamentaria, y luego prosigue:

«Después de ofrecer os este *basina*, que es un homenaje á vuestra augusta Majestad, tenemos que preguntaros: ¿cómo os encontrais, Señora? ¿cómo va vuestra fatiga?»

Su Majestad dignóse responder: *Tsara biany* (bien). Entonces todos los misioneros, los Hermanos de las Escuelas cristianas y las Hermanas de San José de Cluny, unieron sus voces á las del orador, pronunciando todos á la vez la fórmula de costumbre:

«Alcanzad, Señora, luengos años exentos de tribulación, y envejeced con los que viven bajo el cielo.»

Los luteranos noruegos hicieron el *basina* tras nosotros, siguiéndoles los musulmanes.

A los extranjeros sucedieron los oficiales encargados de la custodia de Tananarive y Ambohimanga.

Terminados los discursos, suenan los clarines para imponer silencio. La Reina, de pié sobre el estrado, va á dirigir la palabra á su pueblo. Todas las miradas están fijadas en ella, y préstase oído atento.

La voz de Su Majestad es clara y vibrante. Después de dar las gracias á los oficiales encargados de la custodia de Tananarive y Ambohimanga, anuncia que todo su reino goza de paz.

«Por consiguiente, añade, vivid sin temor. Yo soy el baluarte de vuestros bienes, de vuestras mujeres y de vuestros hijos. Y cuando yo os digo: Tened confianza, creed en mis palabras; pues yo soy la Reina, que no engaña.»

Dicho esto, agita su ebúrneo cetro, y exclama:

«¿No es así, oh vosotros todos (mis súbditos), que vivís bajo el cielo?»

Un formidable *izay* (así es) oyese entre la apiñada multitud, retumban los cañones y las charangas dan al viento sus acordes.

El primer ministro descendió entonces al palenque de los oradores, y presentó el *basina* en nombre de los que habían acompañado á la Reina en su viaje. Tras un largo período dirigióse á sus soldados, y les dijo blandiendo la espada:

—¿No es así, oh vosotros los cien mil hombres?

Estas palabras provocaron un prolongado grito de adhesión, sostenido por la voz de los clarines y el redoble de los tambores, que dieron al orador tiempo suficiente para respirar.

Hasta aquí todo fué solemne. Ahora viene la parte divertida del programa. Volviendo á subir al estrado, el primer ministro se expresa así:

—Habeis pedido danzar en señal de júbilo. Pues bien, la Reina os lo permite; danzad ahora.

Pagamos nuestro tributo agitando nuestros parasoles



MADAGASCAR.—Recepcion hecha á la Reina en la plaza de Andohalo en Tananarive. (Pág. 208).

Ayuntamiento de Madrid

y sombreros; pero por lo que respecta á los malgaches fué una verdadera danza de cinco á diez minutos. No hubo nadie, aun entre las ancianas matronas del servicio de la Reina, que no se prestase á esta ceremonia, impropia ciertamente para los de edad avanzada. La marcha nacional vino á poner fin á tales holgorios. A las tres levantóse la sesion.

El Sr. de Ryschaud, gentilhombre ruso, á quien su afición á los viajes habia conducido á Tananarive, y cuya cortesía y generosidad nunca olvidarán los misioneros, nos dijo al retirarse:

—He viajado por las cinco partes del mundo; sin embargo, estoy satisfecho de haber asistido á este espectáculo tan original.

Es de advertir que en los discursos oficiales no se ha pronunciado una palabra referente á los europeos, y que sólo se emitió una frase por lo que atañe á religion: «Temed á Dios,» dijo el primer ministro. No dicen tanto los ministros de Estado de muchas naciones que se tienen por civilizadas.

MARRUECOS.

APUNTES PARA SERVIR Á LA HISTORIA DEL MAGREB.

XII.

Ed-Dahab, sucesor de Abd el-Malek.—Division del Imperio.—Los libros árabes.—Muley Cidan.—Abd el-Malek.—Proclamacion de el-Ualid.—Sus crueldades.—Martiriza á los misioneros.—Los castigos del cielo.—Muerte de el-Ualid.—Le sucede Muley Xec.



RANSCURRIDO poco tiempo despues de la espantosa derrota del ejército portugués en la memorable jornada de Alcazar-Kibir, los moros aclamaron por sucesor de Abd el-Malek á su hermano Ahmed, que ya hacia tiempo habia vuelto del Sus y que desde el día en que Abd el-Malek se habia apoderado del Imperio habia estado siempre á sus órdenes. Politico y astuto el Xerif Ahmed, uno de sus primeros cuidados fué hacer paces con el rey Felipe II de España, como dueño que era de las antiguas posesiones portuguesas en la costa marroquí, y en los veinte y cinco años que duró su reinado extendió sus conquistas hasta el Sahara é hizo tributarios á todos los reyezuelos del Africa central.

No dejó de diferenciarse bastante el reinado de Ahmed de los de sus antepasados, especialmente por la justicia con que gobernó á sus súbditos; por cuya razon no hubo la más mínima sublevacion en el país. Se distinguió tambien no poco por las inmensas riquezas que trajo á Marruecos recogidas en sus conquistas; refiriéndose de él que en las puertas de su palacio tenia continuamente millares de hombres acuñando moneda. Sin duda por esto fué por lo que á su reinado le llamaron el *reinado de oro* y por lo que dieron al Xerif el nombre de *ed-Dahabi* (el dorado).

Granjeóse además ed-Dahabi durante su reinado la estimacion universal de sus súbditos, y murió en 1603, dejando á su pueblo abundantes riquezas, y lo que era más digno de aprecio, dejólo pacifico y tranquilo, de lo que en realidad de verdad tenia mucha necesidad; y por lo mismo todos sus súbditos lloraron amargamente su muerte y lamentaron tan gran pérdida.

Este gran Rey, á pesar de sus buenas cualidades, dejó

en herencia á su pueblo un gérmen de discordia que tarde ó temprano habia de producir sus naturales resultados. Contra la costumbre de casi todos los reyes que habian gobernado en el Magreb, los cuales dejaban el Imperio á sus primogénitos, Ahmed ed-Dahabi lo dividió entre sus cinco hijos. Muley Cidan, que era uno de los herederos, gobernaba á Fez, y á la ciudad de Marruecos su hermano Abu Fers. Entre estos dos hermanos surgieron grandes rivalidades que les obligaron á estar casi siempre en guerra, y ambos, aunque separados, la hacian al hermano primogénito llamado Muley Xequé. A éste le costó más trabajo el conformarse con la division del Imperio, creyéndose ofendido en sus derechos por no haber sido único heredero del padre; tanto más cuanto que, segun las historias, era digno de sucederle, lo cual dice mucho en favor de este Principe.

La escasez de medios y las insignificantes fuerzas con que contaba Muley Xequé para vencer á su hermanos, quienes habian derrotado al ejército del primogénito, hicieronle pasar á España á pedir auxilio á Felipe III, que no accedió sino despues de habérsele ofrecido en cambio el puerto y plaza de Larache. Cuando Muley Xequé volvió á Marruecos, ya su hijo Abd-Allah, valeroso soldado y célebre capitán, que quedó mandando las tropas de su padre, habia conseguido apoderarse de la ciudad de Fez y arrojar de ella á su tío Muley Cidan, proclamando en la mezquita El-Kairauyn á su padre por *Amir el-Mumenin*. Así pasaron algunos años; pero Abd-Allah, que era muy fanático, no podia ver tranquilamente que se entregara á los españoles un puerto tan importante como el de Larache, y con este pretexto ó motivo se sublevó contra su mismo padre, procurando impedir que los cristianos se apoderaran de la ciudad. Así y todo la plaza fué entregada á España, y el marqués de San German tomó posesion de ella el año 1610.

Al mismo tiempo que en Africa se verificaban todos estos sucesos, el comendador de Martos D. Rodrigo de Silva y el gobernador D. Pedro de Lara capturaron en 1611 algunos buques de Muley Cidan, en uno de los cuales hallaron entre otras cosas de mucho valor 3,000 volúmenes árabes que trataban de poesia, medicina, filosofia, politica y religion. El Soberano marroquí tenia en sumo aprecio estos libros, y ofreció á Felipe III 70,000 ducados por su rescate; empero como éste exigia además la libertad de todos los cautivos cristianos que habia en sus Estados, y como la guerra en que estaba empeñado Muley Cidan con su sobrino Muley Xequé no diera lugar á ello, no fué posible hacer el canje, y el Rey mandó que todos aquellos códices fueran depositados en la biblioteca del Escorial. En el año 1671 un horroroso incendio devoró casi todos aquellos preciosos libros (1).

(1) Este hecho se halla referido en varios autores, pero de muy diverso modo. Dicen unos que Muley Ahmed ed-Dahabi quiso transportar de Saffi á Santa Cruz de Agadir una gran cantidad de libros, alhajas y otras varias cosas de valor y estima. Embarcó todo esto en un navío francés, cuyo capitán hizo traicion y huyó con ello; pero los vasallos del rey de España lo apresaron y ofrecieron á su monarca tan precioso tesoro. Fray Matias de San Francisco en la relacion del viaje que hizo á Marruecos con el santo Fr. Juan de Prado, en el capítulo 7, foja 37, refiere así este suceso: «Estando presos en la cárcel nos envió el Rey mil sustos y persecuciones, con mil recados y amenazas, diciéndonos que el rey de España tenia en su poder una librería que era de su padre el rey Muley Zidan y historia de su Alcoran y de su santo profeta Mahoma, que llevó hurtado un francés pirata, y la armada de nuestro rey de España se la quitó en la mar, y que si no se la traíamos habíamos de perecer allí.»

En aquella época era gobernado el imperio de Marruecos por muchos reyes á la vez. Por todas partes aparecian aspirantes al trono, y no habia en el país sino guerras, discordias y confusion, hasta que por fin, despues de algunos años de completa anarquía, apareció Muley Cidan como único dueño del Magreb, habiendo antes vencido sucesivamente á todos los pretendientes. Para exterminar á sus enemigos ayudóle bastante Juan de Gifford, capitan de unos doscientos aventureros ingleses.

Sin embargo, fué muy poco el tiempo que gozó el fruto de sus conquistas; pues cuando más feliz se creía por haber vencido á sus enemigos, vino la muerte á cortar el hilo de su vida, y el Imperio, cuya posesion tanto le habia costado, pasó sucesivamente á tres de sus muchos hijos. Abd el-Malek, que era el primogénito, sucedió inmediatamente á su padre. Cinco años gobernó el Imperio, y en el principio de su reinado desterró á su hermano Muley Ualid por temor de que se levantara con el mando del Magreb; pero el-Ualid consiguió á fuerza de ruegos volver á la Corte de el-Malek, donde tramó una vasta conspiracion que debia dar por resultado la muerte de su hermano el Emir y la proclamacion de Muley Ualid como emperador del Magreb.

Para llevar á efecto con mayor seguridad sus planes procuró Ualid atraerse los principales magnates, haciéndoles ver el injusto proceder que con ellos observaba su hermano el Sultan, y lo rectamente que él gobernaria si lo colocaran en el trono. No se olvidó el traidor hermano de atraer á su partido á los renegados, como quien sabia lo idóneos que eran para esta clase de asuntos. Tanto éstos como los magnates, cansados de Abd el-Malek, ó confiados en las muchas promesas que les hacia Muley el-Ualid, decidieron al fin á tomar su partido; y una vez que todo se hallaba preparado, resueltos á jugar el todo por el todo, se introdujeron en el régio alcázar en ocasion en que el Sultan se hallaba solo, recostado sobre unos cojines, y su guardia completamente descuidada. En tan oportuna ocasion atravesaron de un balazo al descuidado Sultan, y concluyeron de matarle con sus afiladas gumías.

Muley el-Ualid, que todo lo presenciaba con sus criados, hizo que éstos y sus parientes le aclamaran por sultan, sacando al mismo tiempo á la calle el cadáver de su desgraciado hermano para que sus partidarios no hicieran demostracion alguna en su defensa, suponiéndole vivo. Efectuóse todo con mucho orden segun deseaba el traidor Muley el-Ualid, que en Febrero de 1631 fué proclamado sultan, no sólo por sus familiares y partidarios, sino por la misma guardia que habia en el palacio.

Dueño Muley el-Ualid del Imperio, gobernó á sus súbditos, con poca diferencia, como sus antecesores. Tenia de primer ministro al alcaide Amin el-Barca, á quien estaba muy agradecido por ser el que dió consejo y traza para quitar la vida á su hermano y por haber capitaneado á los rebeldes, por cuya razon gozaba el Ministro de toda la confianza del nuevo Sultan; pero éste, que se iba haciendo ya un tanto odioso á sus vasallos, temió que Amin el-Barca repitiera en él lo que habia hecho con su hermano. Obligado, pues, Muley el-Ualid, parte por sus sospechas, parte por las intrigas del renegado

francés Reduan, general de sus ejércitos, despidió cortesmente á Amin el-Barca. Este vió caer sobre su cabeza la cuchilla del verdugo, y para evitar esta casi segura desgracia, usando de toda la cautela que el caso exigia huyó una noche de Marruecos, llevándose toda su familia y tesoros, que eran considerables, yendo á refugiarse en las escarpadas montañas del Atlas, patria de sus mayores, donde fué muy bien recibido por sus montaraces habitantes.

Residia tambien allí un Xerif, primo hermano del Sultan, que se hallaba retirado de la Corte por haber tenido con éste algunos graves disgustos. Al ver llegar al fugitivo ministro, creyó el Xerif llegada la ocasion de vengarse de su primo, y reunidos varios de sus más allegados con Amin el-Barca, juraron todos quitar la vida á Muley el Ualid y proclamar emperador al Xerif. No tardaron mucho en reunir un buen ejército compuesto de los montañeses del Atlas y de otros muchos que, disgustados del despotismo y crueldad del Sultan, se les agregaron de muy buena voluntad. Llegada la noticia á Marruecos juntó el Sultan á sus más fieles alcaides, capitaneados por el Baxa Reduan, émulo y sucesor de Amin el-Barca, y con todos ellos al frente de sus respectivas tropas, salió al encuentro de los rebeldes, que venian camino de la capital. Era el ejército de los sublevados tan numeroso y se habia aproximado ya tanto á la ciudad, que Muley el-Ualid temió que llegasen á tomarla, y para evitar en este caso el saqueo de sus tesoros y la destruccion de su familia, hizo que ésta y aquellos fueran trasladados á la ciudad de Saffi, por si era necesario hacerse á la mar con todo y salvarse en país de cristianos.

Llegando, pues, á avistarse ambos ejércitos, notó Muley el-Ualid, con gran pesar y sentimiento, la superioridad de las tropas de su primo el Xerif, por cuya causa no quiso presentar batalla, y en cambio consiguió por medio de dádivas y regalos que los mismos parientes del Xerif le quitaran alevosamente la vida. Muerto éste, dividiéronse sus soldados, y quedando sin jefes que los gobernasen, fueron atacados por las tropas del Sultan, que los derrotaron completamente, dispersando á los que no quedaron muertos en la pelea. Entre los muertos hallóse tambien el cadáver del revoltoso Amin el-Barca. Tuvieron lugar estos sucesos en 1634, en cuyo año recibió el Sultan una embajada francesa, á la que entregó todos los cautivos que habia en sus Estados, pertenecientes á la misma nacion.

Una vez vencidos sus mayores enemigos era de esperar que Muley el Ualid gobernase con tranquilidad sus Estados; empero eran tan atroces sus crueldades y afliccia á sus vasallos con tantos impuestos y gabelas, que el pueblo, aunque de por sí muy sufrido, llegó á manifestar públicamente su disgusto. El Sultan, á quien nada de esto se le ocultaba, quitó la vida á su hermano Muley Ismael, á dos sobrinos y á siete Xerifes que eran los más allegados al trono y de quienes más temia que iniciasen una sublevacion. De esta suerte no quedó en la Corte sino un hermano suyo, que sólo contaba once años, á quien respetó la vida, no por compasion que de él tuviera, sino porque creyó que no tenia nada que temer de un príncipe tan joven.

Llamábase éste Muley Mohamed Xequé ó Xec, y era

hijo de Muley Cidan y de una renegada española. Reunió este Príncipe excelentes cualidades por haber sido educado por su misma madre, que aún conservaba en su corazón los nobles y religiosos sentimientos que en la niñez le infundieron sus cristianos y piadosos padres. Como las buenas prendas del príncipe Xec hacían un notable contraste con la crueldad y barbarie del Sultán su hermano, de aquí que el primero fuese muy querido del pueblo, á la par que el segundo era odiado y aborrecido.

No se le ocultaba á Muley el-Ualid el gran partido que en la Corte tenía su hermano, por lo que determinó quitarle la vida para que en sus Estados no quedara uno solo de la Real familia de quien pudiera temer. Así lo hubiera efectuado el cruel Sultán, si la madre de Muley Xec y dos de sus tías no hubieran conseguido sustraerlo por medios raros y discretos de las iras de su hermano.

Bajo la tutela y cuidado de su madre y de sus tías llegó el joven Príncipe á la edad de 16 años.

Entre tanto el-Ualid se hacía cada vez más odioso á sus vasallos á causa de sus muchas é inauditas tiranías; pero en quienes más se cebó su saña fué en los infelices cautivos, y aún más en los misioneros. Martirizó por su propia mano al B. Juan de Prado, de la Orden de san Francisco, haciéndole sufrir, lo mismo que á sus dos compañeros, los más horribles é inauditos tormentos. Tantas fueron las crueldades de este monstruo, que el pueblo todo atribuía á castigo del cielo la sequía general que se había experimentado en el Imperio, y se decía sin ambages que Dios castigaba tanto al pueblo del Magreb porque su Rey había atormentado y martirizado á los misioneros; cosa verdaderamente rara y admirable en unas gentes tan enemigas del Cristianismo.

La madre y las tías de Muley Xec creyeron que el es-



TIERRA SANTA.—Sepulcro de San Sabas. (Pág. 215).

tado de los ánimos era ya el más propio para colocar en el trono al joven Príncipe. Eran estas mujeres muy discretas, y de un carácter tan fuerte y varonil, que de una de ellas se refiere que iba siempre armada con dos pistolas y un puñal, dispuesta á defender con la fuerza la vida del Príncipe. Aprovechándose del general disgusto concertaron las tres la muerte del tirano, valiéndose de un eunuco llamado Bayaceto, en quien Muley el-Ualid tenía suma confianza. Este eunuco y cuatro renegados, portugués el uno y franceses los otros, determinaron matar al Sultán la noche misma en que él pensaba quitar la vida á Muley Xec.

Había el-Ualid invitado á cenar con él á toda su Corte, y como Muley Xec estaba preso en sus habitaciones, de las que nunca salía, era preciso que su madre y sus tías lo dejaran solo interin asistían al festín tan maliciosamente preparado por el Sultán. Esta era la ocasión que

el-Ualid tenía premeditada para deshacerse de su inocente hermano. Asistía el Sultán con sus ministros al regio convite en aposentos separados de los de las mujeres, según costumbre del país, y cautelosamente, cuando todos estaban más distraídos, salió para dirigirse á las habitaciones de su hermano y quitarle la vida; mas al llegar al *Mexuar* ó sala de audiencia, encontróse con los renegados que esperaban ansiosos su salida del convite. Apenas Muley el-Ualid vió á los renegados comprendió que iba á morir, y lleno de espanto les preguntó lo que querían: una bala fué la respuesta; empero como ésta no le hirió ni siquiera levemente, se valió de la fuga para salvarse; mas al huir precipitadamente enredósele el *baike* en la misma columna á que había mandado atar al B. Juan de Prado para azotarle, y el renegado portugués que llegó en aquel instante le disparó un tiro que le hirió mortalmente. Llegaron los demás renegados, y el des-


graciado Sultan clamaba pidiendo misericordia y compasion; pero ellos, decididos á concluir con el tirano, no hicieron caso de sus clamores, y á fuerza de puñaladas le hicieron exhalar el último suspiro.

Al ruido de los tiros y de las voces del Sultan moribundo acudieron alarmados los que se hallaban en el palacio; pero cuando llegaron á enterarse de lo sucedido, todos se alegraron y se dirigieron presurosos á la residencia de Muley Xec, á quien en el acto juraron obediencia y fidelidad. Es digno de notarse que las mujeres del difunto Sultan fueron las que manifestaron más su alegría y las que primero reconocieron por emir al jóven Xec. Este reconocimiento se repitió al siguiente dia por la tarde con mayor pompa y solemnidad, puesto que á él asistieron casi todos los habitantes de la ciudad de Marruecos, deseosos de ver y saludar á un Príncipe en el que tenían puestas sus esperanzas. Tuvo lugar todo esto á principios del año 1637. El reinado de Muley el-Ualid sólo duró seis años, que se hicieron demasiado largos para el desgraciado é infortunado pueblo, sometido al brutal despotismo de sus reyes.

TIERRA SANTA.

XX.

SEPULCRO DE SAN SABAS.

ALGAMOS de Jerusalem por la puerta de Jaffa, conocida entre los musulmanes con el nombre de Bab-el-Khalil (puerta del Amigo) (1). Después de dar la vuelta al monte Sion por el camino del valle Gihon, al Mediodía, pasemos junto á los pozos de Nehemías (Bir Aijub, pozos de Job), al extremo del valle de Josafat. Desde este punto se sigue el torrente Cedron hasta el monasterio de San Sabas (2), situado á tres leguas al Sudeste de la Ciudad santa. «Veinte minutos antes de llegar á él empieza, dice el Ilmo. Mislin, el único camino hecho por mano de hombre que he visto en Palestina (3).» Este camino, abierto en 1836 merced á la generosidad de un rico peregrino muy devoto de san Sabas, rodea un escarpado monte que se eleva á 400 piés sobre el torrente.

Se ha tomado de la roca calcárea un muro de dos piés de alto para bordear el camino á la izquierda por el lado del precipicio. A lo mejor aparecen dos enhiestas torres del monasterio, verdaderas fortalezas desde cuya cima un religioso en centinela puede fácilmente vigilar toda la comarca y prevenir á los monjes de la llegada de los árabes merodeadores.

Quien trae una carta de recomendacion del patriarca griego de Jerusalem la echa en el canastillo que el monje griego de la Orden de san Basilio que está de guardia baja

(1) Sobreentendido de Dios. Los musulmanes salen por esta puerta cuando van á Hebron, donde se encuentra el sepulcro de Abraham, á quien honran, como los cristianos, con el sobrenombre de *Amigo de Dios*. (Judith, vii, 22; Isai. xli, 8; Jac. ii, 23).

(2) En árabe *Deir Mar Saba*. La palabra *Mar*, de origen siríaco, se pone ante de los nombres de los Santos.

(3) Después del viaje del Ilmo. Mislin, en 1848, se han construido ó reparado otros dos caminos: el de Jerusalem hasta la entrada de la llanura de Jericó, á expensas de una señora valaca, para facilitar á los peregrinos el viaje al Jordan; y después el de Jaffa á Jerusalem, por medio de servicios personales.

desde su garita. No siendo así, nadie es admitido en el convento. Tras algunos momentos de espera, durante los cuales se toma conocimiento de la carta, la puerta baja forrada de hierro rechina sobre sus goznes y da paso á un primer patio. Desde allí, por una escalera de cincuenta peldaños, se llega á una segunda puerta de hierro y á otra escalera que conduce á una plazuela central que da acceso á todas las partes del convento. Esas construcciones son más ó menos elegantes, cimentadas unas en la roca y otras establecidas en la indicada plazuela.

En el centro de ésta se levanta el monumento cuya reproduccion, sacada de una fotografia, damos en la página anterior. Se le da el nombre de san Sabas porque, segun la tradicion del monasterio, este Santo, su fundador, fué inhumado allí el año 531. Cada capilla es de forma octógona, con ocho aberturas ojivales, muradas al presente, en cuya parte superior se ha practicado una ventana. Conforme la costumbre de todas las iglesias de aquellos países, el altar está vuelto hácia Oriente; de consiguiente la parte visible al observador mira hácia el Occidente. El retablo del altar que cubre el sepulcro de san Sabas está adornado con un cuadro de gran tamaño que representa al Santo en su féretro, teniendo una imagen de la santísima Virgen apretada contra su pecho: los afligidos monjes forman como una corona alrededor de su Padre. En las paredes de la capilla hay pintados los hechos más notables de su vida y los celestiales favores alcanzados por su intercesion.

Muchos autores dignos de fe aseguran que el cuerpo de san Sabas fué transportado á Venecia, probablemente en tiempo de las Cruzadas (1). Es lamentable que no citen los más antiguos testimonios que han servido de base á su aserto. Hoy todavía, como en el siglo XII, los religiosos del monasterio descansan bajo las baldosas en torno del sepulcro de su bienaventurado Padre (2). San Juan Damasceno, que murió en 780, compuso sus más bellas obras en esta soledad que edificó con el olor de sus virtudes. El padre de Juan compró en Damasco, para que sirviera de maestro á su hijo en las ciencias, al infortunado esclavo y docto italiano san Cosmas, quien vino antes que su discípulo á buscar á Dios, sepultar su nombre, su ciencia y sus virtudes en esta profunda soledad; pero Dios permitió que no pudiese permanecer en ella mucho tiempo desconocido. El patriarca de Jerusalem sacóle de allí á pesar suyo y le elevó al episcopado.

El monasterio actual difiere muy poco del que existia en tiempo de las Cruzadas: hay todavía el mismo atrio, esto es, el mismo patio enlosado frente de la iglesia, que se ve sostenido por fuertes espolones, tres de los cuales son visibles en el grabado.

El Ilmo. Mislin asegura que en 1840 el Gobierno ruso gastó más de 250,000 pesetas para restaurar este antiguo monasterio y su iglesia, y para adornarlos de cuadros y bajos relieves.

(1) Entre otros Quaresmio, el P. Giry en su grande *Vida de los Santos*, y el P. Nau, misionero jesuita, que visitó la Tierra Santa y el monasterio de San Sabas en 1674.

(2) Focas, peregrino del año 1185, dice: *In medio illius atrii, Patris nostri magni sepulchrum e terra palmari altitudine eminens, candidissima tabella marmorea opertum. Prope illud circumque, nec non sub terra, sanctorum Patrum qui, solitariam vitam agentes, illustres habitus sunt, unaque cum iis SS. Cosmae et Joannis antiquorum poetarum sepulchra spectantur.*

Unicamente los hombres pueden franquear la puerta de hierro de que hemos hablado y penetrar en el monasterio. La mayor parte de los peregrinos de la comun griega que van á Jerusalem por la fiesta de Pascua, visitan á san Sabas. Las mujeres son recibidas en la segunda torre, que se halla al Sur, en el exterior del convento, á la que suben por una larga escalera, que puede retirarse en caso de ataque de parte de los beduinos del desierto. Merodeadores y ladrones por hábito y por instinto, esos beduinos lo son además por necesidad en época de hambre. Así es que los monjes de San Sabas que los conocen, y que con frecuencia han sido víctimas de sus rapiñas, han hecho de su monasterio una especie de ciudadela inexpugnable, al Occidente, con gruesas murallas almenadas, fosos y torres. Al Oriente la pared vertical de la montaña, de varios centenares de piés de altura, hacen imposible todo ataque.

Seria algo difuso hacer la descripción de todas las demás partes del convento. Notemos solamente la capilla de san Nicolás, obispo de Mira, tallada enteramente en la roca; y otra capilla en la que se ven dispuestos con simetría muchos cráneos humanos. Son las cabezas de los cenobitas y anacoretas mártires sacrificados en diversas épocas. Cuarenta y cuatro de ellos, cuya memoria honra la Iglesia el 16 de Mayo, fueron atormentados por una banda de sarracenos ocho dias antes de la toma de Jerusalem por Cosroes, en el mes de Junio de 614.

Habitan el monasterio de San Sabas los monjes cismáticos griegos de la Regla de san Basilio, y que en la union ó en el cisma han tenido que seguir á los patriarcas de Jerusalem, sus superiores. Sabido es que los patriarcas griegos de la Ciudad santa no se declararon abiertamente cismáticos y hostiles á la Iglesia romana hasta fines del siglo XII, cuando volvieron de Constantinopla despues que Saladino hubo arrebatado de nuevo Jerusalem á los cristianos en 1187.

Por un documento de la iglesia del Santo Sepulcro aparece que durante el reino latino los monjes de San Sabas estaban unidos á la Iglesia occidental. Este documento trae el número 140, y la fecha puede colocarse entre los años 1160 y 1170, porque trata de un prior de la iglesia del Santo Sepulcro, llamado Nicolás, mencionado en otros documentos fechados por aquellos años. En él se dice que Mileto, por la gracia de Dios abad de San Sabas, y todos los monjes sus hermanos han vendido por 480 besantes á Nicolás prior y á los canónigos latinos del glorioso Sepulcro del Señor, de comun consentimiento, un terreno conteniendo tres aldeas (Kaffaro, el antiguo Betor y Deizfres) que la reina Melisenda, de buena memoria, les habia dado á ellos y á su iglesia, con la condicion de distribuir todos los sábados, perpetuamente, veinte y cuatro panes á los pobres para el descanso eterno de su alma. Indudablemente la reina Melisenda, que despues de la muerte de su esposo el rey Fulco dirigió con tanta sabiduría los negocios del reino de Jerusalem durante la menor edad de su hijo Balduino III, Reina ensalzada por san Bernardo en las cartas que le escribia, no hubiera confiado una fundacion piadosa en sufragio de su alma al cuidado de los monjes del monasterio de San Sabas si á la sazón no hubiesen estado unidos á la Iglesia romana.

Terminaremos este relato con un breve resumen de la

vida de san Sabas. Nació en 437 en Mutalasco (Capadocia), pueblo dependiente del obispado de Cesarea. A la edad de ocho años se retiró al monasterio de Flaviano, y á los diez y ocho, sintiendo en su corazon vivísimo deseo de visitar los Santos Lugares, con permiso de su superior partió para Jerusalem, de donde Juvenal era á la sazón patriarca. Habiendo oido hablar de san Eutimio como una de las más grandes lumbreras del desierto, fué á encontrarle y le suplicó deshecho en lágrimas que le recibiese en el número de sus discípulos. San Eutimio lo recomendó á san Teotisto, superior del monasterio en que se preparaba á los novicios para la vida monástica.

Sabas vivió diez y siete años en este monasterio, santificándose con el silencio, la oracion, el trabajo y un riguroso ayuno. A la muerte de san Eutimio (473), Sabas, que tenia entonces treinta y cinco años, se retiró al desierto de Ruban, cerca del mar Muerto, al Mediodía. Al cabo de cuatro años de vida solitaria se le apareció un Angel resplandeciente de luz, diciéndole que eligiese para su morada una caverna sita al Oriente, junto al torrente Cedron, asegurándole que formaria en aquella soledad una poblacion de santos. Era el año 477; san Sabas obedeció desde luego, y tuvo en seguida 70 discípulos y despues 150, á cada uno de los cuales señaló una celda, esto es, una gruta de la montaña á una y otra parte del torrente.

En la actualidad los monjes de san Sabas son cenobitas y hacen vida comun, pero entonces eran eremitas y formaban una *laura*, por la que se entiende una reunion de ermitaños con las celdas á ciertas distancias unas de otras, bajo un solo superior, y juntándose el domingo para asistir á los divinos Oficios. Entonces fué cuando Sabas descubrió milagrosamente la fuente que existe debajo del monasterio, queriendo evitar á sus discípulos el trabajo de ir á buscar el agua á la distancia de dos leguas.

Este Santo, que por humildad nunca habia querido ser elevado al sacerdocio, consintió finalmente en dejarse ordenar á la edad de cincuenta y tres años. Aún llegó á fundar dos monasterios en Schytopolis y en Castel, junto al lago Heptastome; emprendió en 510 un viaje á Constantinopla para defender ante el emperador Anastasio la causa del patriarca Elías, perseguido por los eutiquianos por haberse declarado defensor del concilio de Calcedonia. En 516 estuvo al lado de Juan, patriarca de Jerusalem, con san Teodosio, jefe de todos esos cenobitas, en el *ambon* (1) de la iglesia de San Estéban cuando el Patriarca, en presencia de diez mil monjes, anatematizó á Nestorio, á Eutiques y á todos los que rehusaban admitir el concilio de Calcedonia. San Sabas, superior de todos los anacoretas de Palestina, estaba en íntimas relaciones con san Teodosio, jefe de todos los cenobitas, y se comunicaban sus luces y proyectos. San Teodosio precedió á su amigo en el sepulcro, muriendo en 529, á la edad de ciento seis años. San Sabas se vió obligado en 531, aunque anciano ya de noventa y cuatro años, á dirigirse de nuevo á Constantinopla para pedir al emperador Justiniano su proteccion contra los samaritanos, que habian quitado la vida al obispo de Naplusa y á los sacerdotes, saqueado y destruido las iglesias, etc. A su regreso cayó enfermo y murió el 5 de Diciembre del mismo año.

Su historiador, el monje Cirilo, resume así su vida: «San Sabas vino á los diez y ocho años á Palestina, permaneció diez y siete en un monasterio y cincuenta y nueve en el desierto de la gran *laura*. Murió á la edad de noventa y cuatro años.»

ENSAYO SOBRE LA HISTORIA RELIGIOSA DE TÚNEZ,

POR EL SR. E. DE SANTA MARÍA.

PARTE SEGUNDA.

LOS CRISTIANOS EN TUNEZ.

I.

INVASION ÁRABE Y FIN DE LA IGLESIA DE CARTAGO.

(648-698).



UANTO más se adelanta en las investigaciones históricas sobre el Cristianismo en Africa, más árdua se hace la tarea, por faltar los documentos necesarios. La historia de los primeros mártires del Africa es difícil de reconstituir, por haber sido quemadas un gran número de actas por orden de los emperadores romanos. Las épocas de san Cipriano y de san Agustín, como igualmente las persecuciones de los vándalos, se nos presentan llenas de viva luz; pero vuelve de nuevo la oscuridad á la mitad del siglo VII. Los ejércitos musulmanes, salidos de la Arabia con el Corán en una mano y la cimitarra en la otra, se adelantan poco á poco hácia el Africa septentrional. Este es el principio de un nuevo período de persecuciones.

En 641 (21.º año de la Egira) Amru-el-Assri se apoderó del Egipto. El mismo año Ogba penetra en la Pentápoli, donde estaba floreciente el Cristianismo. Esta primera vez fué ligera la acometida; mas en 684 una nueva expedición árabe marchó sobre la Pentápoli, y los cristianos fueron muertos unos y echados los otros. Unos pocos se pasaron al Islamismo; la mayor parte se trasladaron á Italia ó á Grecia; algunos se refugiaron en Cartago. Este último punto debía protegerles poco tiempo. Luego despues de la toma de Trípoli (648), Abdallah-ben-Saad se adelanta hácia el Sud de la Bizacena y somete la ciudad de Tacape (Gabes). Dueño de este importante puerto, establece en él el centro de una primera ocupación. Despues de haberse fortificado en la costa, Abdalla-ben-Saad se dirigió contra Suffetula (hoy Sbitlela), ciudad situada al Oeste de la Bizacena. Quería asegurarse la conquista de toda esta provincia antes de atacar á Cartago. El patricio Gregorio, gobernador de la Bizacena, salió al encuentro del conquistador árabe: fué batido y se retiró á Hadrumetum (Susse). Abdallah sometió á la ley del Islam todo el país conquistado, y la persecución de los mahometanos sucedió á la de los vándalos.

El poder central, situado en Bizancio, estaba demasiado distante de las provincias amenazadas, y por lo tanto dejó que los árabes acabaran la obra de destrucción religiosa comenzada hacia cerca de cien años por las tribus moras del interior. Cierta Djenaha recibió el gobierno de la parte de la Bizacena conquistada, y Abdallah regresó á Egipto.

El Cristianismo se refugió en las ciudades del litoral y principalmente en Cartago. Desde el 648 al 662 gozó de

una tranquilidad relativa; pero en 662 Okba, barbero del Profeta, invadió la parte de la Bizacena que habia quedado intacta, penetró hasta la moderna ciudad de Kairuan y volvióse poco despues á Egipto. Esta campaña no fué, propiamente hablando, más que una inmensa *razzia*, durante la cual los cristianos fueron rechazados hácia el Norte, convertidos á la fuerza ó asesinados. Okba no señaló su paso por conquista alguna permanente. El recuerdo de este barbero conquistador se mantiene vivo todavía en las poblaciones musulmanas de Túnez, las cuales le elevaron, desde el principio de la conquista y despues de su muerte, una mezquita en el mismo Kairuan, donde está enterrado su cuerpo. Hoy Kairuan es una ciudad santa de la cual están excluidos los cristianos: á duras penas consienten los musulmanes en ella la presencia de algunos judíos, quienes, dicen, son tan necesarios para el árabe como el pan para la sal.

Cuatro años más tarde (666) Mohaira-ben-Khodeidj-el-Kendi penetra á su vez en Bizacena y traspasa luego el límite marcado por las conquistas de sus predecesores. Hadrumeta es tomada por Abdallah-ben-Zoheir; por su lado Abdul-Maleck-ben-Mervan, lugarteniente de Mohavia, se apodera de una ciudad que los historiadores árabes llaman Djelula y que creo poder asimilar á la Medhia. Esta vez, como siempre, las tropas bizantinas oponen sólo una débil resistencia, huyen ante la cimitarra, y no reciben auxilio alguno ni de Italia ni de Constantinopla. El año 666 señala la conquista definitiva de la provincia de Africa. El Corán es por do quier impuesto á las poblaciones cristianas, entre las cuales el miedo y el interés ocasionan gran número de defecciones. Pasado el primer ardor de proselitismo y de carnicería, los árabes comprendieron que, si no querían poseer provincias despobladas, convenia tolerar en ellas la presencia de los cristianos. Los nuevos señores necesitaban haremes y esclavos, y ahí está todo el secreto de la tolerancia mahometana, con tanta frecuencia debatida por personas que no conocen ni el Oriente ni el fanatismo denigrante de los sectarios del Corán.

En 668 Okba-ben-Nafé lleva la conquista árabe hasta el Norte de la Zeugitana. Ocupa la isla de Gerba é Hippo-Zaritos (Bicerta) cae en su poder. En 671 el califa de Africa funda la ciudad de Kairuan, que erige en capital de la nueva provincia musulmana. Los cristianos son poco á poco lanzados de las ciudades del litoral y rechazados hácia el Nordeste, donde conservan todavía algunas posesiones. Dinar-Abul-Mohadjem, sucesor de Okba, conquista en 672 la península del cabo Bon (*Hermæum promontorium*). Batidos por do quier, no tienen los cristianos otro refugio que la misma Cartago: la Bizacena y la Zeugitana y una parte de la Numidia son adquiridas por los musulmanes, que cogen á los *nazarenos* entre ellos y el mar. La lucha duró todavía diez y seis años, durante los cuales Cartago recibió algunos refuerzos; reparáronse las fortificaciones, lleváronse víveres á la plaza, y se hicieron los preparativos para sostener un supremo asalto contra la media luna. En 698 Hassan-ben-el-Noman avanzó hasta el pié de los muros de la ciudad y comenzó el sitio del último baluarte del Cristianismo en el Africa septentrional. Larga fué la resistencia, pero inútil. Hassan entró en Cartago, precedido por el hierro y por el fuego; lanzó su caballo al interior de la gran

basílica, y tomó posesión de ella en nombre del Profeta. Así ponía el sello á la dominación musulmana. Cincuenta años habían empleado los árabes para conquistar el antiguo territorio púnico, desde Gabes á Cartago y desde Bicería al cabo Bon.

El mundo occidental asistió impasible á la caída de Cartago, como posteriormente con la de Bizancio. Y sin embargo, en estas dos épocas fatales los cristianos hubieran podido acudir fácilmente al auxilio de sus hermanos: estos últimos al sucumbir dejaban al descubierto una parte de la Europa, lo cual era entregarla de antemano á las armas musulmanas. Mas entonces no se comprendieron las terribles consecuencias de la toma de Cartago.

Los árabes convirtieron gran número de iglesias en mezquitas, y las que no ocuparon fueron destruidas por odio á Jesucristo. El fanatismo musulmán se gozaba, en todos los países, en hacer desaparecer los signos aparentes de la fe.

Las cruces, los símbolos cristianos, etc., fueron destruidos por lo que quisieron; las inscripciones fueron martilladas, y las estatuas, consideradas como ídolos, fueron destruidas. Durante muchos siglos continuaron los conquistadores esta obra de destrucción; de

suerte que al consultar las raras ruinas esparcidas en Túnez, sentiríase uno tentado de creer que no ha existido el Cristianismo en el país comprendido entre Cartago y Gabes.

Un proverbio indígena dice: «Todo lo que se vuelve árabe se arruina.» Y, en efecto, desde 698 la población cristiana disminuye rápidamente. En este territorio, donde se contaban, bajo el imperio de los romanos, cerca de 18 millones de habitantes y 80 ciudades, hoy apenas existen un millón y medio de habitantes y 7 ú 8 ciudades sin importancia.

Después de la caída de Cartago volvió á comenzar el asesinato de los cristianos rebeldes al Islam. Muchos de ellos emigraron; los demás fueron reducidos á la esclavitud ó dejados en libertad de profesar un culto para el cual afectaron los conquistadores, harto tarde por desgracia, cierta tolerancia.

Una vez caída Cartago, los árabes ocuparon la posición de Túnez y establecieron allí el centro de su domi-

nación en el Norte del Africa. Abandonaron la ciudad de san Cipriano á la destrucción lenta de los siglos. La obra comenzada por las armas de los conquistadores fué continuada por la picota de los demolidores. Hoy ya nada queda de Cartago, ni rastro alguno de sus monumentos. Túnez, la Goleta, la Marsa, Sidi-Bu-Said, han sido construidas simultáneamente con las piedras de la capital cristiana del Africa.

Terminaré aquí mis indicaciones sobre la conquista musulmana. Dejando á los árabes pasar á Sicilia (732) y extender su dominación hacia la Mauritania, investigaré cuál fué la suerte de los cristianos que permanecieron bajo el yugo de los vencedores de la Bizacena y de la Zeugitana.

Entre la destrucción de Cartago por Hassan (698) y la expedición de san Luis contra Túnez, durante el reinado del rey moro Abu-Abdallah-Mohamed-el-Mostanser (1270), transcurrieron cerca de seiscientos años. Durante

este largo período la historia de los cristianos indígenas permanece cubierta de un velo casi impenetrable.

Los arrianos del Africa, últimos restos de la ocupación vándala, se fundieron con los musulmanes invasores y llegaron á ser la rama originaria de la raza actual. Igual

alianza fué terminada en Bosnia, en 1483, entre los turcos conquistadores y los bosnios maniqueos. Estos herejes, cuya creencia tenía con el Mahometismo numerosos puntos de contacto, habían ideado una religión cuyo monoteísmo no excluía el dualismo del bien y del mal.

EFEMÉRIDE.

MAYO DE 1847. — Fallecimiento de Daniel O'Connell.

Durante tres siglos sufrió Irlanda las más horribles persecuciones que ha sufrido jamás pueblo alguno en la tierra, la persecución personal, la confiscación, el hambre, el desprecio.

Los ingleses ocuparon todas las propiedades de aquel país; de suerte que ningún irlandés poseía por sí solo nada en su patria, no quedándole más recurso que labrar las tierras arrendadas por los extranjeros que las poseían



Sepulcro de Daniel O'Connell.